

# REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII

San José, Costa Rica **1933** Sábado 25 de Noviembre

Núm. 20

Año XV. No. 660

## SUMARIO

Las redes verdes .....  
A propósito de un artículo descortés, malicioso y desleal:  
La consulesa Gabriela Mistral y la crueldad  
española .....  
Sobre una crónica de Teresa de Escoriaza.  
Gabriela Mistral o la crueldad araucana .....  
Matla (6) .....  
Recuerdos de Augusto d'Halmar .....

Azorín

Teresa de Escoriaza  
Gabriela Mistral  
Teresa de Escoriaza  
Euclides Chacón Méndez  
Renato Valenzuela

El Don Juan lusitano .....  
Contra "El Tenorio" .....  
El "sistema americano" de Valle, no la "panameri-  
canización" fabricada en U. S. A. ....  
Los ocho últimos poemas .....  
Libros peruanos .....  
Parábola de la perfecta alegría .....  
Reaparición de Zola .....

Joaquín Edwards Bello  
César E. Arroyo

Juan del Camino  
Rafael Arévalo Martínez  
Rafael Heliodoro Valle  
Rogelio Sotela  
Ramón Gómez de la Serna

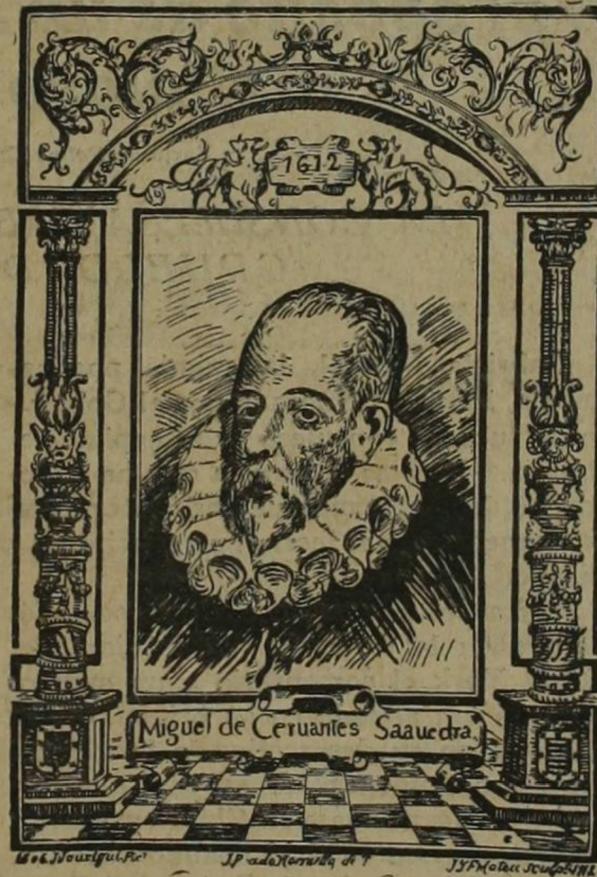
Uno de los más recientes y beneméritos trabajos de don Francisco Rodríguez Marín se titula: "¿Se lee mucho Cervantes?" ¿Se lee mucho o se lee poco el "Quijote"? Una obra maestra no es una sola obra; una obra maestra son muchas obras. Los grandes libros son libros multiformes. No contienen en sus páginas una sola y uniforme substancia. Se pueden recoger en ellos, según la edad del lector y según las circunstancias en que se lea, los más variados y gustosos matices. Si leemos el "Quijote" a los cincuenta años, no será el mismo "Quijote" que el leído a los veinte. Encontramos en las páginas del gran libro a los cincuenta años cosas que no estaban en él a los veinte. Y si lo leemos a los sesenta o a los setenta—caso de que tengamos la fortuna de llegar a esas edades—nos encontraremos de pronto con un "Quijote" que no conocíamos, con un "Quijote" enteramente nuevo. No será el "Quijote" lo que leamos, sino algo de que no teníamos ni la menor noticia. Vida espléndida tienen las obras maestras; vida espléndida tiene, con todos sus cambiantes y relumbres, el "Quijote". ¿Acaso sabe el autor lo que va a ser el libro que está en su cerebro gestando y que luego ha de manifestar al exterior? ¿Es que un libro como el "Quijote", una vez salido de las manos de Cervantes, no tiene una autonomía que Cervantes mismo no pudo prever? ¿Y qué importará lo que un autor haga para encauzar la vida futura de su libro, para dar el verdadero significado a su libro? El libro, va independiente, se ríe de su autor. El libro tiene ahora una selvática independencia que no sospechaba su autor. ¿Y pobre del libro que, desgarrado de su autor, no tenga vida propia! El "Quijote" no es un solo libro; Cervantes pudo pensarlo así. Pero diversos y variados "Quijotes", que acaso Cervantes no conocería, corren por el mundo y causan la emoción de las gentes. ¿Y se leen mucho esos "Quijotes"? Ediciones, dice Rodríguez Marín, sí que se hacen muchas; pero en cuanto a leer la obra inmortal, es otra cosa.

No desesperemos y sigamos leyendo, los que leemos, la gran obra. En España se lee poco. En España se piensa poco. Si en otros países, en los libros,

## PENSANDO EN CERVANTES

### Las redes verdes

= De La Libertad, Madrid, 13 de octubre de 1933 =



Según Juan de Jáuriqui

en los discursos, en los artículos, en las conversaciones, saltan a deshora reminiscencias clásicas, recuerdos de un libro clásico, frases de escritores clásicos, en España transcurre mucho tiempo antes de que en el discurso de un parlamentario o en el artículo de un periodista veamos citadas unas palabras de Cervantes, de Lope, de Gracián, de Fray Luis de Granada, o del otro Fray Luis, el poeta paisano de don Quijote, el gran poeta manchego. No se goza plenamente del "Quijote", sino en la vejez. Los jóvenes pueden ver una cosa en el "Quijote"; nosotros vemos otra que ellos no han visto todavía. Vemos el consuelo y la serenidad. Hay una adecuación gratísima, confortadora, entre nuestro espíritu desencantado por los años y esa segunda parte del "Quijote", toda sencillez y lejanía espiritual. Cervantes a

los sesenta y seis años, en 1613, camina lentamente, en Madrid, por la calle que ahora lleva su nombre y que antes se llamaba de Francos. Piensa, a pedazos, intermitentemente, sin proponérselo, en los momentos culminantes de su vida. ¿La batalla de Lepanto? ¿El cautiverio en Argel? No; eso no es lo que le conmueve. Valladolid, Valladolid, ante todo. Rememora los días en que, siendo niño, estuvo en Valladolid, la Valladolid de Felipe II. Y cuando más tarde, a los cincuenta y tantos años, volvió a Valladolid, la Valladolid, corte de España, de Felipe III. Y recuerda también el día en que, siendo asimismo niño, vió preso a su padre. Y cuando una tarde, durante un suave crepúsculo, allá en Italia, estaba sentado ante la puerta de una hostería y tenía delante una mesita con exquisitos manjares y un ligero vinillo del veduño italiano. En Valladolid vivía Cervantes en una pobre casa. Su hermana Magdalena siempre le estaba reconviendo porque no era hombre práctico. Hombre práctico no lo ha sido nunca Cervantes. Es un fracasado en la vida. Estos días escribe la segunda parte del "Quijote". Esta misma mañana acaba de pergeñar un capítulo en que describe una singular aventura del sin par caballero. Don Quijote, después de abandonar la casa de los duques, camina por un bosque. De pronto se siente enredado en unas sutiles redes de hilos verdes. Las han tendido unas cazadoras bellísimas. Poco después se le presenta a Don Quijote ocasión de demostrar su arrojo a las cazadoras. Percíbese a lo lejos un terrible estrépito. Es, sin duda, un ejército de gigantes que llega. ¡Aquí de su valor! Y los gigantes son unos toros que llevan para correrlos y que le revuelcan y pisotean. Don Quijote, avergonzado, se marcha, sin tener serenidad bastante para despedirse de las bellas cazadoras.

Cervantes ha entrado en la calle del León y sigue marchando lentamente. Pesa sobre él la obsesión del fracaso. Fracaso de Sancho en la ínsula Barataria; fracaso de Don Quijote en la aventura de las redes verdes; fracaso final, definitivo, en Barcelona, con el vencimiento que le inflige al de la Triste Figura el caballero de la Blanca Luna. Todo eso es su propio fracaso. Es pobre y

usa unos anteojos rotos llenos de rajaduras, como "huevos estrellados", que dan que reír sarcásticamente a un poeta dichoso y rico, Lope de Vega. Y quizás, entre todos los fracasos, el más doloroso es el de las redes verdes. Porque las redes verdes son la ilusión: redes de sutil hilo verde. Y las bellas cazadoras que las tienden son las esperanzas.

Cervantes no tiene ya, a los sesenta y seis años, pobre y achacoso, ni ilusiones ni esperanzas. ¿Qué hará él, qué hará Miguel, sin ilusiones ni esperanzas, sin redes verdes y sin bellas cazadoras? ¿Cuál será el estado de su espíritu? Este es para Cervantes el gran problema. Y él lo resuelve con la serenidad, con una serenidad dulce, cordial y amable que, de un golpe y para la eternidad, le coloca por encima de todos sus contemporáneos.

Sí: es verdad. En lo íntimo de su ser Cervantes, al tener plena conciencia de su valer, se siente consolado. Pero la vida sigue su marcha. La realidad cotidiana y familiar no espera. Hay que vivir, y hay que vivir todos los días. ¿Cómo se gobernará Cervantes? La edad y los achaques le abruman; no tiene las fuerzas que tenía en la juventud. Necesita trabajar; no se trabaja lo mismo a los sesenta y seis años que a los treinta. No puede importunar todos los días a sus favorecedores. Un refrán castellano dice: "A do te quieren mucho, no vayas a menudo". Nos quieren mucho y sinceramente. Festejan nuestra llegada: nos hacen extremadas cortesías. Pero si repetimos las visitas advertiremos cómo las cortesías van atenuándose y desapareciendo. Y esto nos producirá, en silencio, sin que se lo digamos a nadie, un hondo dolor. Hay que vivir, querido Cervantes. Sí; estás viejo; los días espléndidos—si es que has tenido días espléndidos—han pasado y no volverán. ¿Cómo vas a vivir ahora? ¿Cómo estás viviendo? El problema que tú te planteas ahora es el problema que se plantea en la vejez todo trabajador intelectual. Hemos dado ya nuestro rendimiento y tenemos que seguir dándolo para poder vivir. Pero ¿contamos con facultades cerebrales para no desmerecer y no dar a los coetáneos y darnos a nosotros mismos el espectáculo de nuestra propia ruina? Observamos atentamente, con íntima angustia, a los demás, a los demás ancianos, y nos observamos a nosotros mismos. Nos observamos nosotros mismos y observamos a los jóvenes. Miguel de Cervantes mira a los viejos y a los jóvenes. Respecto a los jóvenes no tenemos animosidad. No puede haberla cuando se goza de la serenidad en el fracaso. La observación de Cervantes se encamina a justificarse él ante sí mismo. A justificarse y consolarse. Se consolará si nota en su sensibilidad artística, a cambio de ciertas pérdidas, alguna ventaja. Las redes verdes han desaparecido; han desaparecido también las bellas cazadoras. Sin ilusiones y sin esperanzas, ¿cómo pudiera haber fervor? Y sin fervor, ¿cómo pudiera haber crea-

ción estética, creación original, espontánea, fuerte? Se nos escapa el ímpetu en el estro creador; pero—y Cervantes sonríe—queda el rescoldo. Quedan una maestría, un ver las cosas en última instancia, una sutilidad y clarividencia de pensamiento que antes no teníamos. Ni la teníamos antes ni la tienen los mozos. Con cuatro líneas ahora, con unas pocas palabras, como tejidas con telas de araña, la tela de una dorada epeira, hacemos ahora cosas que no hacíamos antes. A esta suprema sencillez no se puede llegar sino después de muchos años. A reducir las cosas a la más prístina simplicidad no se llega sino cuando se tiene el alma cargada de experiencia humana. En este punto de su arte se halla ahora Cervantes. Y por eso hace cosas tan sutiles, tan sencillas, tan no nada, como esos capítulos de la segunda parte del "Quijote", en que se pinta la aventura

de las redes verdes o el encuentro, en una venta, de Don Quijote con don Jerónimo y don Juan. No hay en esas páginas maravillosas nada y lo hay todo. No es nada todo eso y es lo más que el arte puede dar. Sí, está seguro Miguel; no puede sentir temores ante la vida, ante las realidades cotidianas; él se siente tranquilo. Es viejo y no le importa. Cuando se escriben capítulos como esos citados, que él acaba de escribir, bien puede seguir viviendo. No siente temor de haber perdido la personalidad. Va caminando lentamente ahora por la calle de las Huertas, en Madrid, y sonríe. Y al encontrar a un amigo, a un conocido, le pone la mano en el brazo, aprieta cariñosamente un poco y prorrumpe en expresiones de viva y efusiva cordialidad.

Azorín

## A propósito de un artículo descortés, malicioso y desleal

= Envío de Palma Guillén. México, D. F. =

### LA CONSULESA GABRIELA MISTRAL Y LA CRUELDAD ESPAÑOLA

(De *La Libertad*. Madrid, julio 28 de 1938.)

Gabriela Mistral, la eximia poetisa chilena, ha sido nombrada por el Gobierno de su país, consulesa en la capital de España. Esta es la noticia que he leído hoy en los informes de los Internews experimentando al leerla un regocijo duplicado.

Pero ante todo he de explicar por qué incluyo en la serie de mis crónicas de Nueva York el comentario a un suceso que está tan alejado en su origen, como lo estará en su desarrollo, de la metrópoli estadounidense. Y así diré que conocí a la agraciada por Chile en su representación en Madrid cuando hace un año ocupó la cátedra de Bernard College de Columbia University. Son, pues, mis recuerdos e impresiones sobre Gabriela Mistral puramente neoyorquinos.

Manifestando esto, paso a la doble alegría que he recibido al saber que la apasionada lírica va a España a residir en su capital. Me alegra saber que el Gobierno de Chile premia en este caso una de sus glorias literarias incorporando a Gabriela Mistral a la diplomacia, igual que antes la incorporó a la pedagogía, al concederle la categoría de cónsul tras de haberla dado la dirección de un liceo. Maestra elemental de un pueblecito andino, el que sea elevada por la magia de sus versos a altas categorías dentro y fuera de Chile, honra a su nación.

Y honrará a la nuestra que vaya a España y resida en Madrid. Es éste el otro motivo de mi satisfacción. Porque Gabriela Mistral tiene un triste, tristísimo concepto de los españoles. Así me fué referido, primero, por personas ab-

solutamente fidedignas y así lo observé yo misma después.

El Departamento español de la Universidad de Columbia estaba desesperado. Llevó a Gabriela Mistral para que diese un curso de conferencias sobre literatura castellana, encomiásticas desde luego. Y, al parecer, no resultaron así. Una profesora me decía furiosa. "Me he pasado la vida sosteniendo que "El Quijote" es un libro admirable, y llega esta señora y dice que la obra de Cervantes no tiene importancia". Pero había más que eso ¿aún!

Gabriela Mistral, excediéndose en el cumplimiento del cargo que había aceptado, no sólo discursaba sobre literatura, sino que hacía discursos sobre Historia. Y en estas otras disertaciones revelaba que los españoles le inspirábamos más que desdén: horror, un horror incontenible e invencible.

Incontenible e invencible, sí. Incontenible, porque hasta en los plácidos instantes de la digestión de una excelente cena tenía que expresarlo. E invencible, porque no logró disipárselo ni el más convincente argumento expuesto con la mayor dulzura. Veréis cómo fué.

Coincidimos ella y yo en casa de un ilustre boliviano casado con una distinguida dama francesa, quienes nos habían invitado a ambas para cenar. Con nosotras estaban, además de los anfitriones, hasta otros cuatro personajes, de los cuales tres eran hispanoamericanos y uno español. El homenaje al sexo femenino de los otros invitados y mi natural modestia hizo que se dejara a Gabriela Mistral conducir la conversa-

ción de sobremesa. Y Gabriela Mistral desarrolló el ameno tema de la crueldad española.

Según la disertante, la conquista y colonización de América había sido el más criminal expolio y el más feroz exterminio registrado desde que el mundo existe. Los invitantes y el resto de los invitados no sabían qué hacer ni qué decir, mirándonos a los dos españoles, para quienes Gabriela Mistral dedicaba el estribillo de su canto: "Los españoles son ustedes crueles".

En vano demostrábamos no serlo. Yo no pronunciaba palabra siquiera. En cuanto a nuestro compatriota se limitó a decir:

—Tampoco los indios eran unas malas precisamente.

Esto enfureció a Gabriela Mistral. Los indios, los pobres indios... Nosotros no sabíamos lo que los indios tuvieron que sufrir con los españoles. En Chile, Pedro de Valdivia...

—A Pedro de Valdivia—opuso su contradictor—los araucanos, lo mataron y se lo comieron.

—Pero nuestra inexorable detractora sostuvo:

—Valdivia hizo más.

—¿Más que comerse a un hombre? ¡Entonces se comería a dos!

La conclusión, con ser lógica, debiera ser refutada. Gabriela Mistral no se molestó en refutarla. Los demás callamos cortésmente. Y quedó así convenido de

## SOBRE UNA CRONICA DE TERESA DE ESCORIAZA

*Réplica de Gabriela Mistral*

(De *La Libertad*. Madrid, julio 29 de 1933)

Señor Director de "La Libertad".  
Presente.

Respetado señor Director:

En el número de hoy 28 de su ilustre diario encuentro un artículo violento en contra mía, y que está firmado por su distinguida colaboradora la señora Teresa Escoriaza.

Es una norma que he seguido, a través de muchos años de vida periodística, la de no contestar los ataques que se me hacen cuando ellos parten de la ética profesional de un escritor, por una falta de probidad demasiado visible. Sin embargo, debo esta vez hacer una excepción por tratarse en primer lugar, de un escrito que pone en mi boca expresiones que ofenden a una raza entera, y en segundo lugar por tratarse de una dama que forma parte de mi gremio y de la redacción de un gran diario español.

Habría agradecido al señor director que, al recibir esa colaboración neoyorquina, y dada la gravedad de los conceptos que ella contenía, se hubiese dignado dármele a conocer antes de publicarla. Yo le hubiese pedido simplemente que solicitase de su colaboradora la transcripción total de nuestra charla de sobremesa. Es verdad también que la transcripción hubiese resultado **ines-tampable** en un diario, precisamente en

modo tácito que los españoles nos comíamos a la gente por parejas.

Ahora llega la eximia poetisa y equivocada pedagoga a la capital de España. Ahí, en sus nuevas funciones consulares, recibirá las reclamaciones de sus compatriotas entre nosotros establecidos. Y desde luego puede asegurarse que no habrá ninguna contra casos de doble antropofagia.

Así se convencerá Gabriela Mistral de que los españoles no nos comemos a nadie. Todo lo más damos alguna leve dentellada como la presente.

**Teresa de Escoriaza**

Nueva York, julio de 1933.

la parte de la conversación que correspondió a mis interlocutores, y el señor director, estoy segura de ello, hubiese eliminado de las severas columnas de su diario una cuestión fundamentalmente odiosa.

Siempre he considerado la publicación de trozos de un capítulo de libro, y más aun de un diálogo, cuando se trata de cuestiones ideológicas que tienen generalmente una índole totalista, como una operación mixta de deslealtad y de malicia puras. Me permita mi colega española, que llame su empresa del artículo que comento a lo menos desleal y maliciosa. Es desleal entregar a un público, que no conoce a uno de los charladores en su hábito sostenido de justicia, las frases a nuestro placer rotas y volteadas de una conversación, y es malicia hacerlo en el momento en que esa persona llega como un extranjero correcto a sentarse en el corro de una familia nacional.

Me duele muchísimo rectificar a la señorita Teresa Escoriaza, y de manera rotunda, los puntos más importantes de su acusación—que lo es por las serias cuestiones que trata—. Ella, desde la costumbre periodística que se practica en cualquier país del mundo, no tiene derecho a hablar de mis clases de historia

*Quiere Ud. buena Cerveza?...*

*Tome* **“Selecta”**

*No hay nada más agradable ni más delicioso.*

*Es un producto “Traube”*

sin haberlas oído, descansando en decir ociosos y banales, mucho más cuando el público abigarrado de los cursos norteamericanos de español posee un lenguaje tan primario que ni usan ni entienden los matices de un concepto. Ella no dice la verdad al asegurar que por “su natural modestia” no tomó parte en la conversación, siendo que corresponden a ella los juicios breves, pero crudísimos que allí se oyeron sobre la honra de los ausentes. Yo soy una mujer que habla y escucha por iguales partes, y no ha habido la cesión que ella dice haberseme hecho de la palabra a través de las horas (cuatro o más) de aquella deplorable cena.

Niego cordialmente a mi contrincante que yo haya hablado de la sola conquista española, y no de “la conquista” *tout court* que hace cualquiera raza, incluyendo la inglesa, a la que estimo profundamente y con la cual he convivido muchas veces.

Me permitirá todavía que le exprese con toda cortesía el que es muy posible que no tenga ella las condiciones para juzgar de una discusión de historia, como la que ella cuenta, por serle el ramo desconocido en lo que toca a nuestros pueblos, como yo no podría honestamente sostener con ella una discusión acerca de la geografía de España. Su memoria le hace menudas y grandes traiciones, ya que coloca en el año pasado un encuentro de hace dos años.

Es verdad que tuve la mala ventura de llegar una noche a participar en una cena y sin saber que habría personas extrañas a los dueños de casa. Acepté aquella invitación de una familia a quien no conocía, por llevarme allí... un asunto doctrinario. (La mala ventura no corresponde en este caso a los resultados de una conversación). El escritor boliviano a que ella alude, y nuestro anfitrión, acababa de publicar en “Current History”, revista de prestigio que se publica en los Estados Unidos, un artículo sin madurez ni documentación, en el cual, comentando los últimos sucesos de la política de su país, sentaba juicios erróneos y dañinos acerca de la causa de ellos, atribuyéndolos en sus peores

aspectos a la noble raza quechua aymará que forma la base de la población de su patria.

Fuí, pues, a ese hogar de un sudamericano, a quien apenas si había visto una vez, por tener con él una larga conversación respecto de su trabajo. Deseaba escuchar sus razones y preguntarle qué esperanza dejaba válida a su pueblo si declaraba inepta para la cultura en general a una masa que constituye el setenta por ciento de Bolivia.

Quería también manifestarle finamente que es un espectáculo lamentable el que da un sudamericano en una publicación de Estados Unidos, añadiendo materiales falsos de información al juicio, va bastante maleado y bastante primario, que el norteamericano se ha hecho respecto del indio en general.

Me encontré con otros invitados y comprendí que la conversación no podía ser acaparada por el único asunto que allí me llevó. Efectivamente, la charla se abrió con otros temas, los más antipáticos que se pudieran escoger. El compatriota de la señorita Escoriaza y ella misma hablaron de escritores y educadores españoles de primera fila, algunos de ellos ligados a mí estrechamente por una de esas amistades de envidia antigua que resisten a la diferencia de ideas sociales o literarias, que resisten también a la desgracia de las criaturas, y no digamos a la marejada turbia del comentario de la plaza o... de la plazuela. La señorita Teresa Escoriaza y su compatriota se dieron al deporte triste de herirme en el sentimiento que tal vez sea el más absoluto entre los míos: el de la amistad, que obliga a todo en la ausencia de los amigos, incluso a la violencia para guardarles la honra.

Seguramente fué entonces cuando yo hablé de la "crueldad española" latinoamericana, comentando la enemistad cerrada, el odio ciego de mis camaradas de mesa respecto de personalidades españolas, y de las luchas civiles de la América del Sur.

Podría recordar a la señorita Escoriaza que en esta parte de la conversación, su compatriota tuvo el mal gusto de buscar un libro suyo, escrito acerca de uno de nuestros países, cuyo nombre prefiero no dar, evitando así emponzoñar más esta disputa. Dicho señor me hizo leer en su libro un acápite que contenía una apreciación cruel sobre toda crueldad respecto de nuestro indio, y que yo leí con una emoción de que ellos pudieron darse cuenta y que debieron respetar. Podría recordar también a la señorita Escoriaza la frase **sin calificativo** con que su compatriota respondió un momento después a mi alabanza del conquistador español por haber aceptado la unión con la mujer india, de la cual vienen nuestros pueblos y deriva mi propia sangre.

La reivindicación del indio, su defensa como hombre con derecho a un suelo que es suyo por ley natural, la divulgación de sus capacidades, la develación

de lo que ha padecido, no sólo en el choque lógico con la raza blanca, sino después de su trágica convivencia con el mestizo, que lo niega o lo olvida, todo eso, señor director, no son en mí simples temas para artículos o clases de las cuales vivo, y mucho menos son la materia exótica que explota sin convicción el escritor habilidoso; todo eso es para mí un lote sagrado, es decir, racial, que debemos ir cumpliendo uno por uno los escritores sudamericanos. El indio forma sin remedio la mitad de la población del Continente nuestro: confesarlo en la palabra cuando el rostro lo declara suficientemente, es un **mínimum** de consecuencia y de probidad, y, por el contrario, es ingenuo y se pasa muchas veces

a grotesco el declarar nuestra hispanidad ciento por ciento, echando atrás un sumando tan enorme de nuestra realidad americana.

La extremidad sur del Continente, española, italiana y sajona, puede desentenderse del hecho del mestizaje, y aun ella no podría hacerlo sino a medias; pero hay unos diez países tropicales que no lograrían, ni lo intentan tampoco, borrar el dato formidable, de su sangre mezclada. Sirviendo el sentido de fusión de nuestros pueblos, yo, chilena, y beneficiada por ello con una rúbrica de raza blanca, no olvido nunca en mi clase el problema americano de la raza indígena.

Cuenta don José Vasconcelos, hablando de la herencia, que en el hijo aparecen por tiempos sucesivos primero el padre y después la madre, y se ponen a agitarse y actuar en el hijo, quiéralo él o no lo quiera. El mestizaje sudamericano había vivido tan sólo a su padre español a lo largo de cuatrocientos años, y solamente ahora la generación nuestra, con una filialidad tardía, pero llena de decoro, se ha puesto a dignificar y a purificar a la madre india, viviendo, por fin, su conciencia de hombre completo.

Las Casas y su cortejo de cristianizadores, desde el gran don Vasco de Quiroga hasta el santo obispo Zumárraga, pudieron haber dejado en tierra de América una familia moral que continuase y dilatase su empresa de contadores significantes de las masas indias; el mestizaje de los primeros tiempos fué pequeño e infiel a semejante ministerio, y han pasado siglos en que esa tradición de equidad divina de las misiones españolas ha estado soterrada y parecía perdida completamente.

El grupo de escritores y educadores llamado indianista y que trabaja a estas

## INDICE



### CON EL ULTIMO CORREO:

Luis López de Meza: <i>Iola</i> .....	5.00
Pablo Neruda: <i>El habitante y su esperanza</i> . Novela.....	3.00
René Picard: <i>Afrodísia e impotencia</i> .....	0.50
J. Miquelarena: <i>Veintitrés</i> .....	2.50
María Enriqueta: <i>Del tapiz de mi vida</i> ...	3.50
Herminia Muhlen: <i>Fin y principio</i> (las Memorias de una excondesa).....	3.00
Dimitri Mereikovski: <i>El Mesías Akhenaten, Rey de Egipto</i> .....	6.00
Amado Nervo: <i>Sus mejores poemas</i> .....	4.00
Rubén Darío: <i>Sus mejores poemas</i> .....	4.00
Luis Joubin: <i>Metamorfosis de los animales marinos</i> .....	5.00
Benjamín Jarnés: <i>El cantar de Roldán</i> ...	3.50
Upton Sinclair: <i>El libro de la Revolución</i>	2.00
J. G. Gorkin: <i>Días de bohemia</i> . Prólogo de Henri Barbusse.....	3.00
Juana de Ibarbourou: <i>Sus mejores poemas</i>	4.00
José Asunción Silva: <i>Poesías</i> . Edición definitiva.....	4.00
F. Panferof: <i>Bruski</i> .....	3.00

Solicítese al Admor. del Rep. Am.

## JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,  
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,  
Socio Gerente.

horas en la América nuestra por obtener para el indio ejido, escuela y ciudadanía de verdad, y al cual pertenezco yo con alegría de corazón y de inteligencia, se llama a sí mismo "la familia de Las Casas", como podría llamarse "la de don Vasco de Quiroga", y esta sola mención prueba una entraña sin odio hacia la España de nuestra segunda fundación.

He hecho, señor director, esta larga digresión para explicar a usted la razón bastante peregrina de la leyenda de antiespañolidad con la que cargo hace algún tiempo sufriendamente, como persona que desdeña un poco la clasificación de los bastos, que nunca entenderá de muchas cosas y en los cuales no puede perderse la poca vida y la menor salud que se destinan al trabajo provechoso y a la

acción que a la larga quemará todo ese montón de necedades sombrías. No es ésta la primera vez ni será la última en que un español de cólera pronta y de buena entraña me diga ofensas que son indignación malbaratada en un grueso equívoco sobre lo que he hecho o he dicho aquí o allá. Los que creemos en la Providencia, y después de ella en la razón, dejamos correr a algunos esteros y también avalanchas de odios con cierta frialdad, que no es sino confianza en el Tiempo, amigo de Esquilo y de muchos sufridores...

Me es sobremanera penoso el que una

publicación que prefiero llamar torpe a llamar malintencionada, me arrastre a discusiones desagradables en el momento en que la prensa española, y de manera especial "La Libertad", me dispensa una salutación unánime del carácter más generoso que darse pueda. Ella no ha correspondido, yo lo sé la primera, a méritos extraordinarios míos, porque soy solamente uno de tantos que en mi Continente trabajan la lengua y la raza con algún celo; esa súbita fraternidad periodística ha correspondido al conocimiento de una "actitud espiritual". Si la señorita Teresa Escoriaza conociese siquiera parte de mi trabajo de diez años en diarios americanos, sabría que él contiene páginas y páginas de cumplido respeto y de racional consideración hacia su patria española. Si alguna cosa supiese de la mujer a quien ha juzgado tan ato-

**OCTAVIO JIMENEZ A.**

Abogado y Notario

**OFICINA:**

50 varas Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

**INDICE**



**LIBROS ACABADOS DE LLEGAR:**

Alexis Tolstoi: <i>El secreto de los rayos infrarrojos</i> .....	3.75
Ramón Gómez de la Serna: <i>La hiperestésica</i> . Novela.....	3.50
Ramón Gómez de la Serna: <i>La nardo</i> . Novela grande.....	3.50
Jorge Mehli: <i>Plotino</i> .....	3.75
Ricardo Palma. <i>Las mejores tradiciones peruanas</i> .....	2.25
M. Magallanes Moure: <i>Sus mejores poemas</i> . Selección y prólogo de Pedro Prado	3.50
Don Juan Manuel: <i>El Conde Lucanor</i> . Pasta.....	2.50
Salvador de Madariaga: <i>Arceval y los ingleses</i> . (Juicios póstumos sobre Inglaterra que escribió Julio Arceval).....	3.50

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

**ROGELIO SOTELA**

ABOGADO

y

NOTARIO

Oficina: Pasaje Dent

TELEFONO No. 3090

Casa de habitación, Teléfono No. 2208

**MATLA (6)**

(Fantasía indígena)

por

**EUCLIDES CHACON MENDEZ**

= Envío del autor. Alajuela, Costa Rica, 1933. =

—No espere Yara tal cosa de Matla. Ella sabrá ser fiel a su tribu; no manchará con la traición la memoria de sus muertos sagrados! Matla sufre mucho, pero cumplirá con su deber!

—Yara lo ha perdido todo; no le queda más que morir: Yara sin Xilotl es como tronco sin savia!—la cautiva dice estas palabras lentamente, retardando entre sollozos cada sílaba. Hay en su acento la más profunda desolación. Hace un instante su alma se abría a la esperanza como rosa al sol, y ahora, un minuto después, el ave de su ensueño pliega las alas en postrer vuelo. Igual que tallo tierno la cabeza de la infeliz se dobla sobre las rodillas y esconde sus lágrimas entre las palmas trémulas. A la suave claridad del hogar Yara semeja extraño ídolo derribado por mano sacrílega. En su amargura el pensamiento de la muchacha se envuelve en sombras y la desesperanza cuelga, como garfio, de su alma desolada. Matla, en la penumbra, parece no advertir la tragedia silen-

ciosa de aquel corazón que la llama del dolor devora con ferocidad de bestia hambrienta. Sin embargo, en Matla no ha muerto la compasión: mujer al fin, ante el destrozo que el infortunio causa en Yara, la vieja esclava se angustia. Existe en su ánimo maternal sentimiento de protección, propiciatorio de los perdones generosos. A pesar de eso la deslealtad con los suyos la horroriza. Ella, mujer y madre, sabría perdonar; pero Matla, juez ante su conciencia, sólo puede condenar!

Y de este modo, mientras las ideas arden como leños secos en su cerebro, Matla, de pronto advierte que Yara ha salido. En el rescoldo quedó la huella de su última lágrima...

Matla no hizo ningún movimiento. A solas con sus reflexiones, la ausencia de la muchacha no la preocupó; quizá hasta la favorecía, puesto que libre de su presencia podría enhebrar mejor el hilo de su pensamiento. Hasta ese momento la vieja esclava había logrado mantener-

se leal a su tribu; pero en adelante, conforme pasaban las horas y el frío de la madrugada le entraba en las carnes flacas, Matla vacilaba, perdía indudablemente la firmeza, la seguridad de aquel amor de la raza, de la tradición, de la ocstumbre, del culto que la enlazaba con su gente. Poco a poco vencía, sobre todas estas sugerencias ancestrales, la muy femenina flaqueza de su compasión por Yara. Matla era vieja y débil, pronto la tierra brindaría regazo a sus huesos; y no la asustaba la muerte, por el contrario, la esperaba con cierta impaciencia. ¿A qué seguir viviendo sus días pálidos, sus noches sin luna y sin sueño! Achacosa, llena de males como el cardo de espinas, Matla pensaba en su tumba como inicio de su liberación final. Ahí mismo, en su aposento abandonado, percibía su futuro igual que una sombra vaga, incierta: días monótonos, exactamente iguales unos a otros, sin emociones, lentos como el ritmo de su corazón; días de frío para su alma agrietada por los padeceres; días sin horizonte, teñidos de melancolía, de nostalgias incolores, mientras llegaba la hora, la hora única, solemne, definitiva, de entregarse a la eternidad... Matla sentía que la vida que le restaba no era ensueño feliz, sino funerales de ilusiones perdidas...

Yara, aun en capullo, tenía derecho a ser feliz. Poseía el tesoro tan codiciado por todos, la juventud. En el búcaro de

londradamente, sabría asimismo la labor sostenida de colaboración con España que he desarrollado en el Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones, y de que pueden dar testimonio cabal dos o más escritores madrileños, maestros en decir la verdad y en hacerla creer. Se me ocurre que ese conjunto de tributo callado y largo a España pese un poco más en la balanza que las anécdotas caricaturescas que da de mi persona la señorita Teresa de Escoriaza.

A la frase que se me atribuye respecto de Cervantes preferiría no contestar; es demasiado burda para que valga la pena gastarse en ella la réplica de otra frase.

He respondido, señor director, a un artículo cargado de deslealtad en la idea y de descortesía en la forma con la conciencia responsable y la manera hidalga que convienen a los que, del otro y de este lado del mar, trabajamos por la unidad salvadora de los pueblos latinos, y dentro de ella, por el capítulo de la unidad iberoamericana. Me parece que sea este lenguaje limpio de odio el único que deban hablar entre ellos los que andan en el trance misionero de las culturas

Pienso que entre estas gentes misioneras se cuenta la propia señorita Escoriaza, que enseña español al pueblo norteamericano para ligarlo a España y a la América del Sur. Ella se convencerá más tarde de que, así en la cena desgra-

ciada de Nueva York como en las columnas de un diario ilustre, ella pudo usar para su compañera de Chile medios mejores de discusión que los que ha usado, y que están enteramente al margen de las normas de señorial cortesía que emplea para hablarnos el escritor español de hoy, y creo que el de cualquier tiempo.

Coincide mi llegada a Madrid con la publicación de la réplica de la señora Mistral a la última crónica que envié a "La Libertad" desde Nueva York. Y ello me permite redactar oportunamente esta dúplica.

¿Se comieron las gentes de Caupolicán a Pedro de Valdivia? Se lo comieron incuestionablemente. Y se lo comieron vivo. Le cortaron los brazos y las piernas, que asaron ante su vista, extraviada por el dolor y por el horror, paladeando así la carne del infeliz, ¡que se veía devorado! En cuanto a que Valdivia se comiese a ningún prisionero, ni la propia Gabriela Mistral se atreverá a decirlo.

Por lo que al conquistador español del Arauco se refiere, pues, la crueldad española queda muy por bajo de la crueldad araucana. Y asimismo supera en mucho la crueldad araucana a la cruel-

Saluda respetuosamente al señor director, pidiéndole muchos perdones por una carta tan extensa, su servidora obsecuente que le agradece mucho la dádiva de espacio y atención que se ha dignado darle en esta circunstancia.

Gabriela Mistral

Madrid, 28 de julio de 1936.

## DUPLICA A UNA CONSULESA

Gabriela Mistral o la crueldad araucana

(De *La Libertad*. Madrid, julio 30 de 1935)

dad española por lo que se refiere al presente caso.

Yo reconocí en mi artículo pegar una dentellada a la actual consulesa de Chile; pero la calificaba de leve. Y ahora puedo añadir que fué cariñosa—uno de esos mordiscos dados en clase de caricias—si se compara con los bocados feroces que en su réplica Gabriela Mistral me pega a mí. Sigue la demostración.

En mi artículo solamente la llamé "equivocada pedagoga" como posible censura, y como elogios indudables "eximia poetisa" (esto dos veces) "apasionada lírica" y "gloria literaria chilena". Y ella ha correspondido declarándose al margen de "las normas de señorial cortesía", "desleal y maliciosa", "torpe", de conducta "atolondrada" en el juicio, propagadora de "necedades sombrías", etc., etc., insultos que amenguar no pue-

(MATLA) FOLLETÍN DEL *Rep. Am.*

(17)

su alma habíase escanciado la esperanza, la dicha, y en las transparencias de sus pupilas enredaba sus hilos de luz, la sonrisa de un ideal, el amor. Yara era joven como mariposa que acaba de abandonar su crisálida y prueba sus tenues alas en el primer vuelo entre rosas. La gracia y el contento del mundo le aguardaban y su porvenir era una promesa azul, de encantadas perspectivas. ¿Por qué, pues, sacrificarla en el albor de su ventura; negar a sus ojos la fosforescente visión de los dulces ensueños, de los acariciadores idilios; ¿por qué amenguar en su corazón el ardor de los goces, la sugestión de las tentaciones primeras, las embriagueces juveniles?

Además, la muerte de Xilotl no significaba para Yara el final sino el principio de horrorosa tragedia que la amargaría para siempre. En cambio, Matla, que de su vida sólo probaba los ácidos sorbos, ¿qué interés podría tener en vivir? ¿Qué esperaba su alma ávida del descanso definitivo; qué podría ofrecerle de halagador el porvenir a una esclava anciana, sin familia, sola en la existencia, llevando junto con su frágil humanidad, el rosal mustio de las ilusiones idas? ¿Por qué no morir, desaparecer ya si la esperaba la paz, la serenidad, el sueño perfecto?

Pero Matla no se decidía. A pesar de que en aquel momento el destino le revelaba en su pensamiento, el umbral de lo Desconocido, no se avenía a contrariar las leyes de su tribu. Xilotl merecía la muerte, no había duda, y Matla sabía que toda gestión en su favor sería inútil: con el enemigo la justicia indígena no tenía caridad. El Cacique, además, que odiaba a aquel hombre amado por Yara y cuya suerte los dioses pusieron en sus manos, extremaría, sin duda, el rigor de la sentencia. La desaparición de Xilotl era, en el cálculo frío y egoísta del despechado Cararé, una ventana a la esperanza del amor de la cautiva. El tiempo, suprema panacea, cicatrizaría las heridas y borraría los recuerdos en Yara, mientras él esperaba pacientemente. Cararé era de fuertes impulsos pasionales, pero sabía dominarlos. Su desengaño en el amor de la muchacha, cruel y absoluto, no le hizo, sin embargo, renunciar en definitiva a ella; a solas con su corazón, Cararé, hombre, sonreía a la esperanza. Xilotl era el obstáculo! ¡Oh, cuánto le odiaba! Quizá si hubiese sido nada más que un guerrero enemigo, le habría perdonado; pero dueño del afecto de Yara, poseedor de aquella alma hermosa, de la doncella amada por él con toda la vehemencia de su pasión, el menor sentimiento hu-

manitario que le inspirase el rival cautivo, habíase trocado en odio: odio indígena, inmisericorde, que ansía la venganza, que necesita la muerte para vivir. Cararé no podía sustraerse a esa modalidad sentimental de su ingénita psicología.

Todo eso lo reflexionaba Matla, inmóvil por horas en su aposento. Y así pasó la noche. Cuando la primera luz brilló en Levante, Matla dormía profundamente, doblada aún sobre las rodillas escualidas. En su faz macilenta se posaba la calma y en sus labios delgados y secos jugaba, como botón de rosa al amor del céfiro, delicada sonrisa. ¿Qué había resultado del insomnio de la vieja esclava compasiva? ¿Por qué, si toda la noche la pasó estrujada al torcedor de su pensamiento, el amanecer la saludó sonriente? ¿Qué pasaba en el corazón, lardo y sufrido de Matla, cuya frágil vida estaba ya en el brocal del Más Allá?

Muchas horas habían transcurrido desde que el sol abandonara su lecho en oriente y el calor llovía hilos de fuego sobre el valle esmeralda, y aun Matla, siempre encogida sobre sus corvas flacas, permanecía profundamente dormida, como bajo la influencia de un narcótico, y sus labios continuaban sonriendo...

UNA CANOA MENOS

—¡Hasta aquí no llegarán!—la voz de

de el calificativo de "distinguida colaboradora de "La Libertad", con ser para mí bastante honroso. Visto queda, por tanto, cuan diferentemente mordemos los que no tuvimos antecesores antropófagos y los que se enorgullecen de haberlos tenido.

Y nada más queda por hacer ver. Gabriela Mistral no rectifica claramente nada de lo que en mi artículo expuse. Los oyentes de sus conferencias históricas eran un "Público abigarrado", que ni usa ni entiende los matices de un concepto", por lo que no comprendieron lo que ella decía. En cuanto a su conversación de sobremesa, no se refirió a "la sola conquista española", sino a la conquista "tout court" que hace cualquiera raza", y si habló de la crueldad española fué porque se sintió "herida en el sentimiento de la amistad" oyendo que se atentaba nada menos que a la honra de "escritores y educadores de primera fila". Pobres excusas que apenas se sostienen en pie. Y que caerán cuando yo alegue respecto a las conferencias desprestigiadoras de Gabriela Mistral, el testimonio no sólo de las alumnas de Bernard College, cuyo dominio del castellano podrá ser más o menos deficiente, sino también el del profesorado español de Nueva York íntegro, presidido por el Jefe del Departamento de Lengua Castellana de Columbia University, el sabio y austero Federico de Onís, a quien con su propaganda antiespañolista tuvo durante todo

### Primicias de "Oro de Indias"

#### Poemas Neo-Mundiales

Por JOSE SANTOS CHOCANO

«Tierras Mágicas». «Las Mil y Una Noches de América». «Alma de Virrey». «Corazón Aventurero».—400 páginas de poesía y arte. 50 bellas láminas. Opiniones de Geo Umphrey y Max Daireaux. Un autógrafo de Gabriela Mistral.

Precio: U. S. \$ 1.00 — Pedidos al autor: Edo. Llanos, 24 Santiago de Chile.

el curso hondamente preocupado y pesadoso de haber contribuído a darle la cátedra en que la profesora no habló de más conquista que de la española en América. También podría alegar el testimonio de nuestro anfitrión, el ilustre escritor boliviano Diomedes de Pereyra, para que declarase si en su casa atenté yo contra honra alguna, aunque semejante calumniosa insinuación de Gabriela Mistral si la recogiese aquí sería para despreciarla.

Pero insistir sobre lo que primero expuse sería innecesario. La propia Gabriela Mistral habla de "la leyenda antiespañola" con la que carga hace tiempo. Luego no he sido yo quien ha descubierto eso ahora. Se venía diciendo de antiguo. Conste, y conste también que "cuando el río suena"...

Mi artículo manifestaba el regocijo

que experimenté al saber que Gabriela Mistral venía a residir en España, porque con ello habría de convencerse de que el triste concepto en que tenía a los españoles era equivocado. A lo que parece esto va consiguiéndose, pues Gabriela Mistral reconoce que "la prensa española" y de manera especial "La Libertad" le ha dispensado una salutación unánime del carácter más generoso que darse puede". De donde resulta que la crueldad española no se extrema con los extranjeros por mucho que hayan combatido a nuestros antepasados gloriosos.

La crueldad araucana, en cambio... Aparte de lo que mandó hacer con Valdivia Caupolicán y de lo que haya hecho Gabriela Mistral conmigo, quedan otras agresiones desmesuradas. Hablar de "la mala ventura de llegar a participar" en la cena que nos dió madame Pereyra y calificarla de "cena deplorable", "cena desgraciada"... Aseguro que fué una cena exquisita, aunque se substituyese en ella por carne de pavo, la carne de conquistador.

No hay que enfadarse, señora consulesa, hasta el punto de echar de menos la antropofagia. Recuerde la nacionalidad de nuestra anfitriona y considere que ciertos manjares no entran en la cocina francesa. Todos los países no son tan refinados culinariamente como lo fué el Arauco.

Teresa de Escoriaza

(MATLA) FOLLETÍN DEL *Rep. Am.*

(18)

Xilotl cortó, fatigada, la calma del bosque en aquella tarde. Siete horas hacía que los jóvenes huían a través de la selva. Desde el amanecer, Xilotl y Yara, libres por voluntad de Matla, quien había propiciado la fuga, no paraban un momento aguijoneados por el temor de ser sorprendidos y devueltos a Cararé, lo que significaría muerte inmediata. Xilotl sabía orientarse en el bosque como buen cazador y sus pies fuertes marchaban seguros por veredas sólo de él conocidas. Yara le seguía animosa, exigiendo de su juventud todo el esfuerzo. En sus mejillas sangraba el ardor de la huída y su cuerpo todo se hallaba cubierto de sudor, como rosa cuajada de rocío.

El día declinaba rápidamente, pero la noche no les sorprendería en la montaña, puesto que ya casi alcanzaban la costa. Hasta ellos llegaba el rumor de las olas en alas de la tibia brisa que soplaba del golfo. Un paso más y hollarían la húmeda superficie de la playa. ¡Ah!, una vez allá se sentirían realmente libres y, entonces, por sobre el lomo movable del niceyano mar, arribarían a tierra chorotega, salvos y felices.

Bajo la influencia de tan halagadora perspectiva, los fugitivos detuvieron la marcha, ganosos, también, de algún descanso. Próximo al lugar brotaba un

"ojo de agua", limpio y murmurador. Para ellos, que desde horas no probaban una gota, el pequeño surtidor fué como presente de los dioses. En el cuenco de un coco partido, Xilotl brindó a Yara el precioso líquido por dos y tres veces. Satisfecha la sed, cuya tortura padecieran hasta ese momento, decidieron seguir adelante. Desde el sitio en que se hallaban a la costa había una hora escasa de camino, por entre rápidas pendientes y frecuentes claros de bosque.

Ya se disponían a la ruta cuando, de lo hondo de la espesura, vibró una voz gutural y amenazadora:

—Hooó... huuú...! Hooó... huuú...!

De tono duro y largo su eco repercutió entre los árboles con ritmo de muerte. Los fugitivos, a quienes la sorpresa inmovilizara en el primer instante, se parapetaron tras gordo tronco. Estrujando en lo posible sus cuerpos, para ofrecer menos bulto, esperaron presas de la mayor inquietud.

—Hooó... huuú...! Hooó... huuú...!

Nuevamente cortó el silencio la voz hostil, pero de esta vez su eco llegó debilitado y poco a poco fué alejándose en las alas negras de la noche. Los jóvenes comprobaron, con gran alivio, esta circunstancia que les alejaba del peligro. Dentro de su improvisado refugio esperaron hasta que el silencio se hizo ab-

soluto en la selva. Entonces prosiguieron rumbo al mar. Perseguidos siempre por el temor de una sorpresa fatal, Xilotl y Yara casi corrían. Era una de esas noches claras, luminosas, que el trópico ofrece a menudo en los países del Caribe, durante las cuales la opacidad de las tinieblas no amengua la visión del ojo.

Pronto alcanzaron el llano, abierto hasta la orilla. Retardaron su marcha con propósito de esquivar su presencia a los hombres que pudieran estar de vigilia en la playa. Ya en el linde del bosque, atalayaron el espacio solitario del golfo. En la arena humedecida se reflejaban, como minúsculas placas fosforescentes, las estrellas. Al amor de las olas, varadas a poca distancia de ellos, divisábanse varias canoas, cuyas siluetas largas destacaban como troncos tumbados a la claridad nocturna de la playa.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... contó precipitadamente Xilotl. Luego, con resuelto ánimo, llegóse hasta la más próxima, arrastrando consigo a Yara. La doble sombra de sus cuerpos se recortó alargada, deforme, como dos fantasmas negros, en la desierta orilla.

Al día siguiente, cuando los guerreros de Cararé arribaron al lugar, después de recorrer el bosque en todas direcciones, sólo encontraron en la arena, florecidas de espuma, la huella de los fugitivos. Contadas las canoas, descubrieron que faltaba una...

# Recuerdos de Augusto d'Halmar

= De La Nación. Santiago de Chile. =

Existe una honda discrepancia en nuestros escritores para juzgar el valor literario de Augusto d'Halmar. A cada momento vemos aparecer su nombre en diarios y revistas, seguido unas veces de vibrantes loas y otras de rotundas detracciones.

La asiduidad del caso es elocuente. Y mueve a pensar que el autor de "Nirvana", al conocerlo, podrá exclamar con suave ironía, en su destierro voluntario de España: "On me combat, donc je suis".

Después de haber aceptado gustoso, a insinuación de un amigo común, la tarea de esbozar algunos recuerdos sobre la persona y la obra última de este discutido novelista chileno, temo ahora que estas líneas se trocaren, por interpretación errónea, en chispa y combustible de nuevas polémicas. Así, pues, me adelanto a aducir que mi propósito no es otro que el de aportar una modesta contribución al mejor conocimiento de d'Halmar, entre sus lectores de la patria.

Hace más de veinte años que Augusto d'Halmar salió de Chile. Y, desde entonces, sus compañeros de la colonia tolstoyana de San Bernardo sólo le han visto una vez, allá por el 1916, cuando al regresar del Perú, en viaje a la India, se detuvo unos cortos días en Santiago, dando una conferencia en el Ateneo, con la que hizo revivir su prestigio de orador sin gárrula, pero acaudalado en donaires, sutilezas y hondura emotiva.

La nueva generación de escritores chilenos no franqueaba en esa época el dintel de la adolescencia. Los novelistas, poetas y ensayistas de hoy eran entonces niños; de manera, que, años después, al asomarse éstos al balcón de las letras, desde donde admiraban la maravillosa *Lámpara en el Molino*, la personalidad de d'Halmar, ausente, adquirió una aureola de poesía, de justa curiosidad intelectual, por el delicado escritor viajero que confrontaba las inquietudes de los años mozos con la realidad de los sueños, ya junto a las arenas de la Esfinge, ya bajo el sol de fuego de Calcuta, o ya bajo los cielos caliginosos de Rotterdam.

Ese mismo interés que despertaba d'Halmar con sus reflejos de "globe-trotter", y que ha marcado hondas huellas en la obra de Salvador Reyes, Luis Enrique Délano y algunos otros, me arrastró un día a escribirle. Hace de esto nueve años, y me encontraba recién llegado a París.

Y fué en el Jardín del Luxemburgo, junto a la fuente de María de Médicis, donde el azar me hizo leer su respuesta a mi carta enviada a Madrid, y que hoy



Augusto d'Halmar

Por Fantasio

ne parece el puente que d'Halmar me tendía para penetrar en los fortificados dominios de su íntimo pensamiento. Las carillas finales de su primera misiva tenían una visible movilidad nerviosa, confirmada en estos acápites:

"Pocas veces he escrito con mayor dificultad, y es que no me gusta mostrar lo que quisiera encubrir a todos, menos a los que, como usted, vienen con la mano extendida. Soy lo menos literato posible; necesito decírselo, puesto que usted me ignora. La vida me preocupa sobre todo porque sé que todo mana de ella y que a aquel que la busca, lo demás le será dado por añadidura. Al escribirle no pienso en sus aficiones de artista, sino simplemente en el amigo, cuyo afecto me agradaría ganar y cultivar.

"Y cuando vuelva a honrarme y a complacerme escribiéndome, escamotee usted una admiración que no merezco en ningún sentido y prodigue, si le parece, esa cordialidad que yo busco en todo y en todos".

Mirando con fijeza esa especie de arabesco en que estampaba su firma, esas dos breves sílabas, ligeras como un arpegio y misteriosas como un signo cabalístico, quedé absorto largo rato. Luego recordé otra afectuosa carta que me había enviado Loti, dos años antes a Santiago, como espontánea respuesta a

uno de mis primeros pasos periodísticos por su obra. Y me resultaba prodigioso meditar en esa cadena de coincidencias, como religadas por un conjuro, donde tres hombres colocados en lejanías inencontrables, habían llegado a acercarse en instantes diversos, mas bajo idénticas y religiosas circunstancias, ya que era en ese mismo rincón del Luxemburgo — donde d'Halmar evocara los paseos de Loti con Daudet, de aquel Loti de su infancia, del cual llegó a ser uno de sus grandes amigos—donde yo recibía un mensaje de afecto de este otro Loti nuestro, ubérrimo en generosidad como el viejo marino de Rochefort.

Corrió el tiempo, y si bien es verdad que ante la idea de conocer personalmente a un escritor, surge, a menudo, el miedo de cotejar al hombre con el artista de los libros, debo declarar que no temía por Augusto d'Halmar. Sus cartas comenzaron a enseñármelo, humanizado y sensibles, con esa misma serenidad fatalista que destilan sus novelas y sus cuentos, con asomos de una imperiosa dominación en la charla, y una perenne juventud de espíritu. Fué por eso que al verlo por primera vez, en vísperas de la Navidad de 1925, nada en él pudo parecerme desconocido, fuera de su porte gallardo y de su faz bien

cincelada.

Un viaje resuelto de la noche a la mañana me hizo caer de improviso en Madrid. Al día siguiente de mi arribo a la ex-Corte, cuando me retiraba de un teatro, vi pasar a mi lado un hombre de elevada estatura y perfil de nobles líneas. Inmediatamente tuve la adivinación de que ese desconocido, cobijado de la nieve por una amplia capa española, tenía que ser Augusto d'Halmar.

—¿No me conoce?, le interrogué con el desplante de un loco. Y el gigantón, de apostura byroniana, me respondió después de una mirada ligera y penetrante:

"¿Usted aquí mi buen amigo?" Aun le creía en París. Mire usted cómo en nuestros actos hay siempre un anuncio secreto. Aquí llevo justamente una carta que acabo de escribirle".

Y así fué como, sin haberlo visto nunca, estreché por primera vez la mano de d'Halmar.

La misma mascarilla de Beethoven que ha sido la compañera inseparable de d'Halmar, a través de tantas vidas diversas y que invocaba en la sonata de las primeras páginas de "Nirvana", la hallé en su casa de Madrid, prendida a un muro de la sala de trabajo, donde mira, perpetuamente, desde el fondo de sus

(Pasa a la página 318)

# El don Juan lusitano

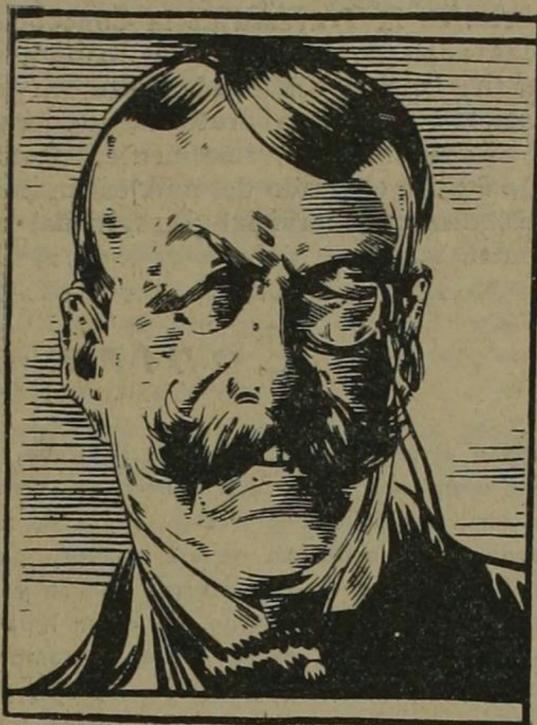
= Envío del autor. Santiago de Chile =

Estos días estuve leyendo el *Epistolario*, de Fradique, y me vino a la mente la posibilidad de formar, mediante el ciclo queiroziano, un arquetipo portugués, un Don Juan lusitano. Mis elementos son: Carlos Maia, el Primo Basilio, el millonario del 202, el fantástico Ega, Teodoro, y, finalmente, el marco de todos ellos: Fradique Mendes. Formarían un tipo humano, un fantasma universal tan diferenciado y consistente como esas creaciones de seres cuya vida es infinitamente más interesante que la de sus propios autores y cuyas aventuras imaginarias y contextura intrigan a médicos, filósofos y poetas.

¿Por qué razón el Fradique de Eza de Queiroz no pasó de ser ficción, es decir, no interesó en sí mismo hasta convertirse en un ser histórico, como si hubiera vivido? No es que le falte esa dosis de vulgaridad inseparable de toda figura popular; lo que sí encontramos ausente de su vida es la acción directa. El público lector, ese monstruo enorme y fecundo, cuyo privilegio consiste en amamantar a las sombras literarias hasta hacerlas seres que existieron, no recuerda, leyendo el epistolario, al admirable Fradique, sino a los miserables comparas o subalternos de que se valió para realzar su inolvidable espíritu; tales subalternos son el vacuo Pacheco, Quinto, o el horrendo Padre Salgueiro.

El prólogo del epistolario no basta para intentar una historia o biografía de Fradique; por eso es preciso intentar, como en un juego de *puzzle*, la reunión de los elementos dispersos, esto es, de varios personajes centrales queirozianos, hasta formar una sombra perfecta, un fantasma lleno de vida futura, basándonos en cierto parecido innegable de todos ellos, los ya nombrados: Maia, Basilio, Teodoro, Ega... ¿Acaso estos héroes de las novelas no representan la acción trunca de sus autores, esto es, lo que sus autores hubieran deseado ser?

Un héroe queiroziano de conjunto, amasado sin perder una miaja, vendría a ser interesantísimo. Ningún producto de Europa es más original que el portugués, por cuanto éste se desgajó del Continente merced a ese movimiento místico formidable que se llama: descubrimiento y conquista. El portugués de los siglos XIV, XV y XVI deificaba a sus reyes, era tan resuelto, religioso y heroico como los japoneses de ahora. América, Asia y Africa están impregnadas de Portugal; cuando uno toca la puerta de una casa bancaria, de un hotel o de un garito, en Beira, en Calcutta o en Shanghai, nota inmediatamente la impregnación portuguesa. Para conquistar el Transvaal y para dominar a los alemanes, los ingleses tuvieron que pedir permiso a Lisboa. En esta última guerra luchaban por la legalidad, y, legalmente, era preciso la aquiescencia portuguesa. Al ser así, estremecido y do-



Eça de Queiroz

## Contra "El Tenorio"

= Envío del autor =

A pesar de la honda transformación ideológica operada en España con la República, la cínica silueta de Don Juan Tenorio vuelve a proyectarse, como todos los años en el día de los difuntos, en casi todos los escenarios ibéricos.

¿Por qué en esta edad de implacable materialismo, de hondas realidades, van las muchedumbres hispánicas, como sugestionadas, tras la capa roja que cuelga de los hombros y el alifón de plumas que orna el birrete del célebre burlador.

¿Es "El Tenorio", ese drama "Sacro, fantástico, religioso", como lo calificó su autor, una obra de raza, en la que un héroe popular se yergue con los atributos colectivos? ¿Don Juan es, como por alguien se ha pretendido, algo como un Doctor Fausto latino, un personaje representativo de su pueblo? ¿El matiz religioso que tiene la obra la vuelve popular en un pueblo fanático en el fondo? ¿O es sólo el mágico encanto de la poesía, la brillante musicalidad de unos versos, lo que hace perdurar una producción absurda, deshilante, falsa?

"Don Juan Tenorio" no es una obra de raza, porque al través de su endeble contextura, no muestra sino superficiales aspectos étnicos: el fanfarrón antes que el heroico, el blasfemo antes que el religioso, el sensualista antes que el idealista. La raza nuestra tiene una representación soberana: Don Quijote, la única figura que puede ocupar el lugar supremo. El aspecto religioso en ese drama es superficial, pueril, casi grotesco, para que pueda arraigar fuertemente en el fanatismo ancestral de ningún pueblo. Otras obras hay en la literatura española, como "El Condenado por desconfiado", que están construidas sobre un denso pensamiento teológico, y, a pesar de esto y, quizá por esto mismo, no

(Pasa a la página siguiente)

minado por sus colonias, el portugués tomó un contorno espiritual diverso del de otros europeos más caseros y sedentarios, del tipo galo o germánico. Por eso, las casas de Lisboa suelen sorprender al turista con sus techos de pagodas, es decir, con sus puntas arqueadas hacia arriba emulando los colmillos de los elefantes.

La existencia del tipo lusitano, así sea portugués, colonial o brasileño, es innegable. Un tipo atrayente hasta la fascinación, cuyo centro es Lisboa, una de las capitales más agradables y novelescas del mundo. Prueba podrán dar de ello los novelistas Wells, Gómez de la Serna y Paul Morand. Este último nos regaló ese documento vivo que se llama Tarquino Gonsalvez, en *Europa galante*.

En calidad de chileno, creo estar colocado en excepcional mirador para apreciar la esencia del espíritu portugués; nosotros somos diametralmente opuestos en algunos aspectos, como ser, en el respeto a la investidura, en el culto de las formas, la eufonía del lenguaje, la precisión formulista y las maneras preciosas. En tierras portuguesas la ficción prima sobre la realidad; el ceremonial, el rebusco de la palabra y del ropaje se manifiesta en todas las capas sociales. Las cartas a un caballero se encabezan con el término de "Excelencia". Estos adornos provienen en mucha parte de la influencia china: así como el Imperio del Medio quedó saturado de Portugal, así este país quedó también saturado del Imperio del Medio. Si en la China, se dice *mamá, niño y mandarín*, en tierras portuguesas se dice *cha* en vez de té.

A nosotros los chilenos,—lo escribí muchas veces,—nos agrada cultivar ciertas formas de hombría tabernaria: la aspereza, el alcoholismo, la interjección fuerte, la gracia espesa y el chiste cínico. Por eso, el Fradique Mendes, comprensible de manera diáfana por su estructura latina y la sátira de la decadencia burocrática, cobra para nosotros un relieve especial. En pocas tierras hay tantos queirozianos como en la nuestra, y esto a causa del fenómeno de la reacción.

El Don Juan español mantiene un punto de contacto con el Don Juan lusitano: el contragolpe de lo religioso. Portugal primera y España más tarde, salen a sembrar catedrales, cruces cristianas y odores de reales audiencias. Es un movimiento religioso sin paralelo. Los marineros de Vasco da Gama comulgaban antes de embarcarse, y marchaban descalzos por las calles, llevando la imagen de la Virgen de la Concepción. En Madrid, la víspera de las expediciones marítimas, paseaban por las calles a Nuestra Señora de Atocha.

El paroxismo de la fe engendra al blasfemo. El Don Juan español es el

blasfemo iletrado; el lusitano es intelectual; el primero cierra el puño amenazando al cielo; el otro, ríe de manera sarcástica.

Existen centenares de interpretaciones de Don Juan; se llega a dudar de su nacionalidad: a la inversa de Colón, le creen italiano. Unos le toman por enfermo, otros por afeminado. Todo ensayista que se respeta le contempla a través de su temperamento. Entrando vanidosamente en la *melée*, declaro que la mayor falla de Don Juan está en su inteligencia. Sus declaraciones de amor, al menos las que en su boca pone Zorrilla, son fulgurantes, recortadas como piropos: no dejan lugar a las espirales inagotables de la meditación o de la esperanza. Me pregunto si acaso abandonaba a las mujeres por falta de tema, empeñado en evitar el bochorno de sentir las bostezar. La fuga era su mejor partido para dejarlas pensando en él, atenazadas precisamente por la fascinación de su sombra, más fuerte que su presencia desde el momento que tuvo lugar la "descarga súbita de energía nerviosa".

Fradique Mendes, el Don Juan intelectual es mucho más durable; pasado el frenesí, queda el espasmo lento, mareador, inagotable y divino de las palabras, de la compenetración eterna. Fradique las impregna de espíritu. Veamos lo que nos cuenta un biógrafo: "Fradique fué profundamente amado y mucho lo mereció. Las mujeres encontraban en este ser raro entre los hombres un Hombre. Y para ellas Fradique poseía esta superioridad inestimable, casi única en nuestra generación: un alma en extremo sensible servida por un cuerpo fuerte". "Y ningún hombre más peligroso que aquel que da siempre a las mujeres la impresión clara, casi tangible, de que ellas son irresistibles, y subyugan el corazón más rebelde sólo con mover los hombros lentos o murmurar: ¡Qué hermosa tarde! Es la leyenda india, tan sagaz y real, del espejo encantado, en que la vieja Maharina se veía espléndidamente bella. Para obtener y retener aquel espejo en que con tanto esplendor se refleja su piel arrugada, ¿qué pecados y traiciones no cometería Maharina?"

Estas cortas líneas nos inician en la manera del Don Juan lusitano. En él la ilusión se prolonga después de la reacción terrible del goce carnal: *la chair est triste hélas!*

El talento precario del Don Juan español se clausura o marchita después del beso y no le queda más remedio que fugarse para reanudar las mismas ilusiones con otras mujeres, a falta de un Cyrano amigo que le *sople* versos igual a un ventrílocuo escondido tras de un árbol. Si falta Cyrano, Roxane bosteza.

En otros artículos demostraré las extrañas coincidencias de mi Don Juan lusitano, producto del amasijo de los héroes de Eza de Queiroz: el lector verá cómo hizo su fortuna, de qué manera satánica, porque todo Don Juan ha de tener la bolsa bien provista. Fradique se

enriqueció matando al Mandarín. A uno le tentó el diablo a orillas del Guadalquivir, cerca a la Torre del Oro; al mío, le tentó en la casa de huéspedes de la viuda Marques, la espléndida doña Augusta, en la *Travessa* de la Concepción. Más adelante mostraré su manera de vestir, entraré solapadamente en sus palacios, en su laboratorio; me sentaré a su mesa y, finalmente, probaré que Smith, el criado del mío, es sin duda, más discreto, servicial y espiritual que Ciutti, el criado del Tenorio. Si el Don

Juan español, se salvó por el amor de doña Inés, el mío se salvó trasladándose simplemente de la ciudad a las sierras, donde se hizo dar hijos por una paisana gordita, capaz de prepararle el pato con macarrones del siglo XVIII. Es un fin más lógico y más humano: vivir cargado de hijos, en medio de la felicidad relativa de aquí abajo, basta para borrar un gran pecado, inclusive el de tocar la campanilla que mató al Mandarín

Joaquín Edwards Bello

## Contra el "Tenorio"

(Viene de la página anterior)

ción y gozando, por añadidura, de una apotheosis de bengalas, en un cielo de papel pintado.

Todo esto está bien... para la galería. El Tenorio para ser un exponente de la raza, sólo le falta una cosa... tener una alma recia.

¡Abrid paso a los personajes universales y representativos! Allí viene Julio César, "el que amó a todas las mujeres", dominó el mundo y cubriéndose el rostro con la toga cayó muerto, a golpe de puñal, bajo la estatua de Pompeyo. Por la ancha llanura castellana, todo hierro, adusto el continente, vengador y severo, avanza el Cid. Esa sombra alargada que cruza fugaz la Mancha de la vida, en pos de un ensueño irrealizable, es la de nuestro Señor Alonso Quijano, el Bueno. Esa silueta elegante de apuesto caballero que va a una cita de amor, seguido, como una sombra, de otro caballero cinico y rojo, es el Fausto, hijo de Germania y del genio... Ceñidos de resplandores, en la esfera de los idealismos, viven los héroes de la Tetralogía wagneriana... En una procesión de los grandes espíritus por las sendas de la inmortalidad, todos los pueblos tienen un representante que oficia de conductor y de tutelar, al mismo tiempo. Nuestra raza española de América tiene una excelsa concreción: Aquel que fué Aquiles en las epopéicas batallas, galán caballero con las mujeres, y un semidiós, envuelto en el iris, sobre el pedestal del Chimborazo!

Estos son los héroes representativos; pero... Don Juan! No constituyen, precisamente, altas empresas sus truhanescas aventuras. Con ellas se ofende muchas cosas que son respetables, y no se destruye ni se crea nada. Y para tener derecho a la supervivencia en los dominios del espíritu, es necesario, es indispensable, remover un obstáculo, abrir un nuevo surco en los campos de la inteligencia, del sentimiento o de la voluntad.

Mas, pretender colarse en esos dominios, en mérito de unas cuantas fanfarronerías, es insensatez. Para franquear las puertas diamantinas de la inmortalidad, no sirve, ni como ganzúa, la espadita aquella que intentó inferirle un arañazo a la Etica, ni todo el oro del mundo, ni un hermoso rostro, señor Don Juan.

No negamos que sea un espectáculo sugestivo e impresionante ese aguilucho de alas rojas y albo airón, enredándose a estocadas con vivos y muertos. ¡Magnífico para "epatar" a las almas cándidas!

La intelectualidad, la alta crítica piden

gustan al público. Y la forma exaltada, cávida, digna del numen maravilloso de Zorrilla, no sería tampoco, por sí sola, capaz de asegurar la inmortalidad de ese drama; pues, otros existen en la dramaturgia clásica y romántica que, sin embargo, de estar igual o mejor versificados, yacen hoy en la sombra.

Entonces, ¿cuál es el secreto de este personaje que viene asomando su rostro fatuo desde los tiempos caballerescos, apareciendo, ya de cuerpo entero, en los tinglados de Tirso, y colándose, por fin, de rondón, en el Teatro del siglo anterior, traído de la mano por el romanticismo, y vestido con las líricas galas que le prestara el poeta más español y sonoro de todos los tiempos?

Don Juan Tenorio no tiene otras cualidades que lo aparatoso y oropelesco de su figura; lo desenvuelto y lo atrevido de su gesto.

La figura considerable del Doctor Fausto envejecido primero y envuelto en su gris hopalanda de sabio, invocando a Satán, después de haber palpado la inopia de todo, para pedirle una nueva juventud, simboliza un sagrado anhelo de vida, que logra su realización en los labios bermejos de la rubia virgen del Rhin, que junto a la rueca esperaba, cantando las baladas del país de Thulé.

La figura endeble del Tenorio no representa una ansia de vivir, ni siquiera de gozar, sino un ridículo y perpetuo alarde de vanidad, de libertinaje y de matonería. Don Juan es el escándalo. La juventud, el ensueño, el amor son el Fausto. No hay parangón posible entre estos dos personajes entre los cuales media el abismo que va de Mephisto a Ciuti.

¿Quién ha dicho que entre cendales de leyenda, se alza a orillas del Guadalquivir el fantasma de un héroe popular, que ostenta en su persona los rasgos y los matices nacionales? ¿Quién ha dicho que entre las creaciones de la literatura universal es el Tenorio una de las más representativas?

Lo negamos. Todo eso no es más que el aparato de un héroe romancesco. Además, figura, traza heroicos: la petulancia de una barba en punta y de unos mostachos a la borgeña; un ropón escarlata y un birrete plumado y un acero toledano al cinto y una bolsa pródiga de muchos discos áureos sin duda de muy baja ley; todo ello seduciendo doncellas, tratando con alcahuetas, escalando claustros, matando ancianos, secuestrando a traición rivales, dialogando con los muertos para ser arrastrado, al fin, por uno de éstos, nada menos que al infierno, siendo en seguida perdonado, por aquello del minuto de contric-

más, y para consagrar esa figura, de la que su mismo ilustre padre renegara, no se dejan engatusar por la armonía zorrillesca de unos versos de oro, de cristal, de estrellas...

Es innegable que eso de hacer de Tenorio viste mucho todavía y da cierto cartel entre las mujeres; pero en otros ambientes, eso ya está mandado guardar. El desplante, la majonería, la guapeza, ya no se cotizan, Burlador.

El populacho de los toros, el que cifra su mayor placer en olfatear la tragedia; el que goza con el peligro ajeno; el que grita histérico en las plazas: "¡caballos, más caballos!"; el que blasfema y usa navaja; el que es incapaz de pronunciar unas palabras sin acompañarlas de las denominaciones vulgares de los órganos genésicos, masculinos o femeninos; el que todavía vive obsesionado por la taurumaquia y cegado por la superstición; ese populacho que existe dentro del noble y glorioso pueblo español, es el que sigue aplau-

diendo los desplantes del Tenorio. Ya lo dijo un alto espíritu del siglo pasado: "Cuando se anuncie en España la representación de "Don Juan Tenorio", y el teatro permanezca vacío, el país habrá llegado al más alto grado de civilización; pero, España ya no será España"...

Así es que quedamos en eso, señor Tenorio, el minuto de contrición no basta para borrar vuestra malvada conducta, en los tiempos que hemos alcanzado, de tremendas luchas sociales. Hay que rectificar la vida, hay que variar los procedimientos; el innegable valor vuestro, hay que emplearlo en arduas empresas libertarias; hay que evolucionar o resignarse al olvido, que es menos aún que el infierno, porque es el limbo.

Después de todo, con vuestra desaparición, el mundo no saldría perdiendo gran cosa.

César E. Arroyo

Lima, noviembre de 1935.

## Estampas

### El "sistema americano" de Valle, no la "panamericanización" fabricada en U. S. A.

No hay América cuando hay E. U. de N. A.  
Librémonos del aturdido tanto como del descastado

= Colaboración =

Cualquier día—nos decimos leyendo estas páginas de valor permanente—la funesta Unión Panamericana descubre a José Cecilio del Valle y la veremos regulando y administrando la gloria de nuestro grande hombre. No nos extrañará entonces que sus servidores de habla española—venezolanos, cubanos, chilenos, etc.—metan la mano en la tombo-la de feria erudita y saquen el cigarrillo que arrolla el pensamiento del prócer centroamericano que pueda servir de letrero y lucimiento a la revista de papel satinado. Si esa suerte atroz espera a don José Cecilio por aproximarse el centenario de su muerte—seguimos reflexionando—trabajemos con pensamientos suyos todavía no panamericanizados. Aquí encontramos, por ejemplo, esta aspiración fuerte que hizo del escritor un recio y visionario defensor de la América nuestra: "La América será desde hoy mi ocupación exclusiva. América de día cuando escriba: América de noche cuando piense. El estudio más digno de un americano es la América". Si el fariseísmo de la Unión Panamericana atrapa ese pensamiento lo haría letrero de sus conferencias numeradas. Hoy estarían en Montevideo guiados por el ansia de ser fieles a los principios edificadores de nuestros mayores. ¿Qué cuadra mejor con los fines imperialistas de esa organización que la actitud simuladora?

Alegrémonos de la libertad en que tenemos a este escritor visionario y opon-gamos a la panamericanización la fe que él expresó en un "sistema americano, o la colección ordenada de principios que deben formar la conducta política de la

América". Nunca será la panamericanización el sistema americano preconizado desde nuestra independencia. No pueden estos pueblos ajustar su conducta política a los principios diseminados por el Departamento de Estado norteamericano. Don José Cecilio del Valle escribió para una América acabada de independizarse del imperialismo español. El imperialismo yanqui es igual en normas a todos los imperialismos. Aceptarlo como hacen nuestros gobiernos para que nos guíe en las conferencias que numera y organiza su agente eficaz, la Unión Panamericana, es entregar en vasallaje estos pueblos a la conquista desatada. Es traicionar los ideales del prócer que pidió un sistema americano como forma de crear nuestra propia conducta política. Panamericanizar es unificar gobiernos y obtener de ellos la entrega total de nuestra vida al imperialismo. Es decir, panamericanizar significa volver nuestras naciones a su primitivo estado de colonias. Será un coloniaje civilizado que haga decir al descastado que recibimos "trato de vecinos", como es hoy la expresión farisaica del segundo Presidente Roosevelt. Pero coloniaje terrible que impone tantas esclavitudes que matan el espíritu americano que nos da fisonomía de pueblos dignos.

Para acabar con el espíritu americano que crea la conducta política de la América nuestra es para lo que ha reunido en Montevideo el imperialismo del Departamento de Estado a tanto gobierno ciego. Ningún representante, por grande y pomposa que sea su credencial,

podrá decir lo que el prócer del Valle: "El estudio más digno de un americano es la América". No hay América cuando hay Estados Unidos de Norteamérica. Se nos concibe como un vasto territorio en el cual hay regada una densa población que consume mucho y no sabe producir, que posee materias primas que son de utilidad primordial para la organización imperialista. Se nos mira como una geografía propicia para la expansión del imperio. Somos lo accesible, lo que el destino puso a los pies de los Estados Unidos para lanzar con empuje su civilización. Debemos dar a la civilización norteamericana cuanto tenemos hoy y lleguemos a tener en un porvenir que no soñamos. Negarnos es oponer-nos a leyes de crecimiento que traen una imposición fatal. No hay estudio posible. La América asiste a las conferencias numeradas para aprobar lo que el plan imperialista ha señalado de antemano.

Los descastados con motivo de no haber podido algún gobierno de estos países mandar su representación, han creído que es bueno lamentarse y en su lloro afirman que en Montevideo tendrá la América ocasión de luchar por su bienestar. Trabajan sobre falacias porque así conviene a la norma de sumisión servil que los inspira. No hay nada que pueda afirmar que en Montevideo podrá uno siquiera de nuestros pueblos obtener la más mínima porción de bienestar. Es una conferencia — de esto no deben olvidarse ni los bobos ni los yanquizados—especialmente preparada por el Departamento de Estado para legalizar lo que ya ha hecho dar a los gobiernos. Se acude a simular que efectivamente los representantes de los gobiernos llegan con problemas, con los problemas de la América nuestra. Pero la píldora baja solamente por aquellos galillos que nada detienen. Es casi posible afirmar que ninguna delegación lleva problema alguno a la conferencia de Montevideo. En lo que han declarado los representantes está clara la ignorancia y la desorientación. El gobierno mexicano quiso desentonar un poco promoviendo una cuestión económica niña y ha tenido que calmar los resentimientos de la Unión Panamericana. Esta agencia bárbara no concibe que fuera de sus planes imperializantes se introduzca nada perturbador. Y es natural el fenómeno porque el proponente no es nunca la Unión Panamericana, sino el Departamento de Estado cuyo Secretario la preside y jefea.

Y a Montevideo no llevan estudio las delegaciones, precisamente, porque ellas obedecen las órdenes de sus gobiernos. Los diplomáticos transmiten desde Washington lo que el Departamento de Estado ordena para cada conferencia. Y es aprobado sin conflictos. El delegado acude a hacer número y a asentir. ¿Cómo entonces lamentarse de que alguno de nuestros gobiernos negara representante a Montevideo? Con él y sin él ha-

rá el Departamento de Estado todo lo que fué ya convenido y jurado antes de Montevideo. Quiere el imperialismo que se le abra la vía del comercio para que sobre la América nuestra irrumpa la industria yanqui. Pues en Montevideo legalizarán públicamente el acuerdo mandado por el Departamento de Estado. El comercio será del imperio. Ya comentamos en otra **Estampa** la forma en que los pactos se llevaron a cabo. Si nuestros gobiernos no le dan preferencia a la mercadería de la industria norteamericana, a los mercados del Norte no irán nuestros productos. La reciprocidad es consecuencia de nuestra docilidad. Por el comercio de la América nuestra tiene hoy reunidos en Montevideo el Departamento de Estado imperializante a los gobiernos sumisos.

También por el transporte de ese comercio. Es natural que la mercadería tenga sus medios propios de ser conducida a cada uno de estos territorios panamericanizados. Aguas, tierra y aire cubren el capítulo de medios de transporte que en Montevideo legalizará el Departamento de Estado. Interesa profundamente a los hombres que imponen rumbo a la política de expansión de los Estados Unidos que el transporte sea de su nación. Nació la Pan American Airways Inc. y el Departamento de Comercio corrió a hacer público su apoyo a la organización imperialista. Con pérdidas enormes para el presupuesto yanqui ha sido soportado el apoyo a esa Compañía. El correo aéreo no ha penetrado todavía en las poblaciones para que lo usen como medio rápido y seguro de comunicación. Pero penetrará, y bien vale la pena que el Departamento de Comercio pague los déficits enormes. Luego penetrará también el convencimiento de que la mercadería debe ser transportada por medio del aeroplano y entonces ya no habrá pérdidas para el gobierno que alienta una empresa de conquista. La Pan American Airways Inc. salió resuelta a apoderarse de las rutas aéreas de la América nuestra. Vino ostentando el respaldo oficial y nuestros gobiernos nada le negaron. Recogió contratos a plazos de un cuarto de siglo. Y no sólo para el aire, sino para el suelo, para las aguas de mar y tierra, para la comunicación radiográfica, radiotelefónica y telegráfica. Es fácil conquistar a un país cuando su gobierno es sumiso. La Pan American Airways Inc. nació para dar a los Estados Unidos las vías aéreas de la América y hoy puede decir que en poco tiempo ha logrado la conquista definitiva. A Montevideo va el imperio a legalizar tal conquista. Obra voluminosa de la panamericanización es la "Carretera Panamericana" y con ella va el Departamento de Estado a Montevideo. Es medio de transporte hasta el Canal de Panamá y el imperialismo quiere hacer de ella una realidad inmediata. El Canal tiene que ser protegido estratégicamente. No importa que sea problemático el uso de esa carretera en caso de guerra. Lo in-

terezante es la existencia de la carretera a costa del sacrificio de los pueblos por donde tiene que atravesar hasta morir en la red de caminos tendida en torno al Canal. Que los pueblos centroamericanos la construyan para el Departamento de Estado que hará de ella, mediante tratados bárbaros y humillantes como el que ha pretendido desde 1926 imponer a la República de Panamá, una vía esencialmente militar, administrada y regulada por las milicias norteamericanas. Esto quiere el Departamento de Estado. Y lo obtendrá, porque cuenta con la imbecilidad que puebla estos países. El trazado de esa Carretera Panamericana fué realizado por el "United States Bureau of Public Roads" en el año 1931. A Costa Rica vino el ingeniero Tucker Brown y se internó por las montañas del Sur. Nada que pudiera servir a las necesidades del imperialismo se le escapó en su recorrido penoso. Lo maravilló el valle de El General y dijo de él al Departamento de Estado que "es rica región y accesible, inculta por completo, habitada principalmente por indios, con grandes posibilidades para la agricultura". El río Savegre lo llenó de admiración "porque tiene una potencia tremenda para el desarrollo de caídas de agua". Vislumbró allí el astuto y aleccionado ingeniero tierras feraces y aguas para generar electricidad. No sólo encontró campo para una trocha de carretera de cincuenta metros de ancho. Una población grande cabe en ese valle de El General. Millones de caballos de fuerza salen de las aguas que junto con El Savegre discurren por ese valle.

De la lección de Tucker Brown se aprovechan hoy los que le hacen el juego a los intereses de la Carretera Panamericana. Repiten lo que el ingeniero llevó al oído del Departamento de Estado y lo hacen con el propósito de inducirnos a que hagamos coro a la torpeza que aboga por la construcción inmediata de esa carretera. Atolondrados nada más, porque es mentira que el país va a derivar ventaja ninguna con esa Carretera. Está concebida como vía militar que muere en el Canal de Panamá. Qui-

tense la tapadera y vean claro. No será Carretera que podamos regular y administrar. Recordemos el caso de Panamá. El mismo tratado funesto que aquella nación ha rechazado será el que se nos imponga para esa Carretera. Y tampoco olvidemos que no debemos entregar la tierra ni la electricidad a la voracidad imperialista. No seamos aturdidos tan detestables como los descastados. Mentira que podamos convivir con el yanqui imperialista en nuestro propio suelo, entregándole nuestras tierras y dejándolo que se adueñe de nuestra electricidad. Mentira que ese yanqui, por más apegado que sea en su nación a la tierra, sea capaz de venir a darnos la civilización que proclaman los atolondrados. Mentira que el yanqui emigra a poblar suelos sobre los cuales no ha de tener su nación dominio completo. ¿A qué país de esta América ha ido a colonizar, a poblar? Citen uno solo de esos países. Saldrá movido por su gobierno a adueñarse de la tierra que señale un vasallaje permanente. Y a nada más. Cómo suena a demencia eso de pedir para el yanqui la entrega de nuestras tierras, precisamente de las tierras que el explorador yanqui ya señaló como posible colonia de su gente. No. Librémonos del aturdido porque es tan funesto como el descastado. Nuestro país no necesita de la Carretera Panamericana, porque es Carretera para la expansión imperialista yanqui. Nuestro país no necesita de traer al yanqui para entregarle la tierra que es del costarricense, que la necesita ese costarricense para crecer, para tener libertad. No miremos con ojos de miopía. No acaba el país con nosotros. Vendrán nuevas gentes y no han de encontrar enajenada vilmente ni la tierra ni la electricidad. Librémonos del aturdido tanto como del descastado.

Y volvamos al prócer José Cecilio del Valle para decir: "América de día cuando escriba: América de noche cuando piense".

**Juan del Camino**

Costa Rica y noviembre de 1933.

# PAPELTAPIZ

Enorme surtido desde  
60 Cts. el rollo, en el

## "CICLO CLUB"

TELEFONO 2888 — SAN JOSE — APARTADO 323

# Los ocho últimos poemas de Arévalo Martínez

= Colaboración =

## LLAMA

Todos los inquietos, los que no han sosiego, me buscan. Conocen mi signo de fuego. Yo lamo sus almas con llama de amor. Los tuesto en mi brasa deliciosa, y luego los hago que vuelvan al propio dolor.

Pero ya no pueden olvidarme. Lejos de mi llama viva, buscan sus reflejos, con ansia infinita sin tregua de arder. Salen en cenizas, y al verse tan viejos se sienten quemados por una mujer.

Volvieron más tristes, más solos que antes a frías alcobas y frías amantes, que ahora desdeñan con ruda altivez; pero yo rechazo sus brazos distantes porque sólo pueden quemarse una vez.

Maldicen entonces de mí. Yo les digo que fué un don mi fuego, que no me prodigo, que me los di en gracia de su condición de ser inflamables, y luego prosigo buscando otras almas dignas de mi don.

¡Y ellos me adivinan! Porque yo soy llama, porque yo devoro, y aquel que me ama se pierde y se quema. ¡Y lo saben ya! Mas corren a mí ávidos cuando los reclama mi lengua de fuego que a quemarlos va.

## LA BUENA SAMARITANA

Te amaría delante de una ciudad entera y como estás enfermo sería tu enfermera.

Cañiría tu alma con mis amantes brazos y tu cuerpo doliente que se te va en pedazos.

Yo me daría toda, mansa, sumisa y leda. Tú me darías sólo la parte que te queda.

Es que amo el fuego y ese es mi secreto vivo, y como bien ardiste tus cenizas recibo.

Ya he recibido a otro hombre deshecho, acostumbrada a que mis manos ávidas jamás encuentren nada.

Desechos de hombres, saldos, sólo recibo. Ardida este extraño negocio consumé con la vida.

¡Mas qué saldos y qué hombres de llama! Ellos y yo sabremos solamente qué lazo nos unió.

## ESPIRITU

¿Qué quiere decir Gabriela  
Mistral, Carmen Brannon, Alfonsina Storni,  
Delmira Agustini, Juana de Ibarborou?

¿Qué quiere decir Rubén  
Darío, Amado Nervo, Guillermo Valencia,  
Leopoldo Lugones o el misterioso Edgar?

Quiere decir que en todas partes del suelo de la América prender pudo la planta del espíritu y florecer el alma; que en todas hay una tierra propicia para el hombre; que una cultura grande, puede en todas surgir.

Ciclópeos edificios, titánicas industrias, máquinas de milagro, mentiras sólo son.

Doquier exista un rancho pajizo, exista un lápiz y un pliego de papel;

doquier pueda el poeta trazar el que fué antes y es hoy su indecifrable, sagrado geroglífico, allí, allí es la tierra propicia para el hombre. Allí llegó su hora. Allí el alma está.

## ¿QUIÉN HA TOCADO MI ILUSIÓN?

Nació en la luz de la mañana.  
¿Quién ha tocado mi ilusión?

¡Era tan pura en la mañana!  
Pero alguien vino y la tocó.

La mejor parte de mí mismo se me ha llevado, la mejor.

Arraigaba muy hondo en mi alma y a su lugar hondo volvió.

Ella era yo y el mando externo la tocó.

El traje hace al caballero y lo caracteriza y

## LA COLOMBIANA

DE

Fco. A. GOMEZ Z.



le hace el traje en abonos semanales, mensuales o al contado. Cuenta con un surtido completo en casimires y operarios competentes para la confección de sus trajes.

Teléfono 3283

Frente «Al Siglo Nuevo»  
Contiguo a la Iglesia del Carmen

## BEATITUD

La tierra estaba sorda, obscuro el firmamento, y por doquier había sollozos y dolor... Pero yo descansé en un sentimiento de alegría interior.

Los hombres eran fieras. Un inmortal lamentamiento dejaban por doquiera los odios y el rencor... Pero yo descansé en un sentimiento recóndito de amor.

Me aprisionaba todo: mi cuerpo macilento, los hombres y las cosas; miedo y enfermedad. Pero yo descansé en un sentimiento hondo de libertad.

Lo hallé inestable todo, movable, turbulento: me conturbó sombría visión de inanidad... Pero yo descansé en un sentimiento hondo de eternidad.

## TRANSPARENCIA

El genio es un vicio.  
BALZAC

Como estoy loco me desnudo por todas partes. No tengo esas inhibiciones de los cuerdos. Me he vuelto transparente como el cristal.

Es que me ocupa todo mi acto creador y no puedo perder mi tiempo en pequeñas precauciones.

No me defiende más que la grandeza de mi recién nacido.

## BALADA DEL AMOR MADURO

Una dulce noche de la dulce vida, con el alma triste toda conmovida por el raro encuentro de un callado amor, estando ya viejo, yo tuve a mi vera, ceñida a mi brazo, vieja compañera que a beber me daba juvenil licor.

Una noche llena de estrellas, de halago de aromas nocturnos, del rumor de un lago que se debatía bajo de mis pies, tuve entre mis manos, de esperar urgentes, otras viejas manos suaves y calientes que ya no pudieron librarse después.

—¡Esperamos tanto, oh hados oscuros!  
—Unas horas antes, aun no maduros porque estos encuentros son de eternidad el lagar del tiempo, como dos racimos verdes, nos desecha si nos reunimos... Es la hora. Las almas no tienen edad.

En crecer vivimos hasta hoy ocupados, tenemos la talla necesaria, oh hados; pero no un día antes ni un día después. Todos los instantes dejaron sus huellas en nuestras conciencias, fragmentos de estrellas, y esperó este lago que está a nuestros pies.

## LABORES

Hay labor del obrero que se fija una tarea y hay la virgen idea nacida de cuerpo entero

y con la expresión precisa, que es como la forma pura que se ha tenido sumisa para una nueva criatura.

Hay dos maneras de hacer; y la mía, cuando escribo, es arrojar un ser vivo como lo hace una mujer.

Rafael Arévalo Martínez

Guatemala, 1935.

# Libros peruanos

= Envío del autor =

De plácemes se hallan los estudiosos de América por la nueva edición del "Diccionario Histórico-Biográfico del Perú", formado y redactado por Manuel de Mendiburu, y con adiciones y notas bibliográficas que se deben al editor, don Evaristo San Cristóval, jefe de la Sección de Límites en aquella Secretaría de Relaciones Exteriores. Precede a la edición un valioso prólogo del doctor José de la Riva-Agüero y Osma. Hasta el momento disponemos de los tres primeros tomos, que llevan escrupuloso índice por materias que se tratan en el diccionario.

Si este libro tiene importancia singular para el conocimiento de la historia peruana, ella no lo es menos tratándose de documentación que interesa de modo extraordinario a los otros países que por el pasado tienen vínculos con aquél, uno de ellos México. Por demás entonces el encarecer el significado de publicación tan preciosa, tal ricamente nutrida de noticias, tan incitadora de nuevas y fecundas investigaciones. Tiene—no está de más insistir en ello—un perfecto sentido americano.

Ni para qué referirnos a la bibliografía que sirvió de base al señor San Cristóval para las notas con que avalora esta edición. Solamente los que se entregan a disciplinas tan arduas podrán apreciar en toda su latitud la erudición amplísima con que las páginas del diccionario se exornan.

Andariegos, frailes humanistas, gentes de gobierno, milites resonantes, pasan por este libro contándonos sus penas, la milagrería de sus andanzas, las peripecias de sus vidas y hasta aquellas intimidades que nos permiten reconstruirlas con la solidez provisional de todo esquema biográfico. Por ejemplo: el virrey Abascal y Sousa, que fué en 1799 comandante general, intendente y presidente de la Audiencia de Nueva Galicia; el brigadier Gabino Gaínza que peleó contra los insurgentes peruanos y más tarde estuvo al servicio de Iturbide; el gran virrey de Nueva España, criollo limeño, que fué don Juan de Acuña y Bejarano, sobre quien ha escrito memorable reseña José de J. Núñez y Domínguez; doña Luisa de Garay, hija del general don Francisco, el conquistador de la Provincia Garayana; y tantos otros como el Conde de Alba de Liste, el temerario don Pedro de Alvarado que se atrevió a disputar con Almagro hasta las pláticas de Cajamarca; y tanta gente menuda, que no por serlo tuvo su actuación y hasta pudo ser útil en la consumación de acontecimientos que prepararon la nueva sociedad.

Cuando se lee, con cuidado devoto, libros como éste, plenos de una misión bienhechora se puede comprender la unidad histórica de América. Es lo que pasa cuando nos damos cuenta de la vida y milagros de los conquistadores y pobladores de la Nueva España en el libro que publicó don Francisco A. de Icaza. Es lo que sucede cuando se medita sobre hombres dinámicos como el guatemalteco Antonio José de Irisarri, el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, el hondureño José Cecilio del Valle, el mexicano Miguel Santa María, que se salieron de sus terruños para prestar servicios a la América nueva. De allí que la América aplaude la cátedra puesta por el Diccionario de Mendiburu del cual ya escaseaban ejemplares; pero al cual volvemos el espíritu para saciarnos en la contemplación de un panorama que asume categorías de tragedia y que, a pesar de los distanciamientos y de los resquemores contemporáneos, mantiene la unidad sentimental.

El esfuerzo no puede ser más loable tratándose de esta obra que viene a poner a

prueba su contribución de generosidad en los estudios del pasado americano. Reconocemos la pureza de este esfuerzo y la exaltamos con palabras que ojalá se escuchen con la misma sinceridad que ha puesto el señor San Cristóval para darnos un fruto que si guarda el contenido original se ha depurado con nuevas y exquisitas mieles. La bibliografía de los pueblos que se nutrieron en la tradición española tiene, pues, para hallarse de fiesta.

Mencionaré ahora algunas de las obras recientes en el Perú: *Páginas internacionales* (antecedentes diplomáticos del tratado Salomón-Lozano), por Evaristo San Cristóval; *Romanero de las calles de Lima*, por Arturo Montoya; *Del pasado limeño*, por Ismael Portal; *Antiguo Perú* (primera época), por Julio C. Telio; *Perú: problema y posibilidad* (ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú), por Jorge Basadre (Librería Francesa Científica y Casa Editorial E. Rosay, Lima); *El nuevo indio* (ensayos indianistas

sobre la sierra surperuana), por J. Uriel García (Editorial H. G. Rozas, Sucs., Cuzco); *Filosofía del supranacionalismo*, por Víctor J. Guevara; *Hacia el despertar del alma india* (voces en torno al gran problema), por Luis E. Valcárcel, José M. Valega, Rafael Larco Herrera y Santiago Antúnez de Mayolo; *Del jesuitismo al indianismo y otros ensayos*, por José Frisancho; *Cieza de León conquistador*, por E. J. Caine (Duffied & Green, New York). Está preparando una biografía de Pizarro el doctor Raúl Porras Barrenechea.

Entre los libros de poetas señalaré los que siguen: *Poetas jóvenes de América* (M. Aguilar, editor, Madrid), *Breve antología peruana* (Editorial Nascimento, Santiago de Chile), por Alberto Guillén; *Poesías de José M. Eguren*; *La poesía de Eguren*, por Estuardo Núñez (Compañía de Impresiones y Publicidad, Editores, Lima); *Juegos olímpicos*, por José A. Hernández (Editorial Hidalgo, Lima); y *Las canciones de rinono y papagil*, por Luis Valle Goicochea.

Rafael Heliodoro Valle

México, D. F., abril, 1933.

## Recuerdos de Augusto d'Halmar...

(Viene de la página 296)

pupilas cegadas, al morador del cuarto estilizado en un óleo de Cristóbal Ruiz.

Pocos objetos hay en ese amable recinto, donde hemos charlado tantas veces. Pero junto a la lumbre, la voz del novelista hacía surgir un mundo de visiones: figuras y cosas que revivían sus días idos y que delineaban sus íntimas modalidades, sus credos, sus disciplinas, sus perseverancias y transmutaciones, fundidos singularmente en lo superlativo de su fatalismo.

Fué en esa recogida estancia, empinada sobre un alto edificio de una estrecha calle del viejo barrio madrileño, y en una serie de noches glaciales, mientras la lluvia rebotaba sobre los agrietados pavimentos, donde me brindó el placer de escucharle las siete novelas que for-

man su libro—todavía inédito—*Los alucinados*, donde presentará su renovación más atrayente con *Mar*, verdadero poema en prosa, que, por su estructura, su caudalosa sensibilidad y su lenguaje depurado de todo artificio libresco, recio y tierno a la vez, está llamado a superar toda su obra anterior.

Me contaba que ninguna de sus obras alcanzó a proporcionarle un trance parecido a la gestación de esta novela que denomina su "séptima ola" y que, no obstante haberla finalizado en sus menores detalles, no se decide a ponerla en manos del editor.

—“Todo está sabiamente ordenado.—me agregaba—. Y en esta ocasión como en muchas anteriores no hago más que repetirme lo que he clamado tantas veces: demasiado tarde, pero siempre a tiempo.

Y siguiendo la expresión de su rostro y el tono de su voz, iluminados de arcanos presentimientos, yo le veía pasar—mientras me hablaba de su existencia y de su obra—de la fe más honda en la vida a la más irremisible y voluptuosa de las esperanzas en la muerte, a la muerte que mira inalterable y a la cual se ha atrevido a decirle en sus anticipaciones:

“Como muchos días de angustia me han adherido el cabello a las sienes y como, sobre las sienes, lo han encendido muchos días, yo no sé que sudorosa escarcha podrá espolvorear la muerte sobre mis cabellos.

“Como se refugian en mis ojos las sombras de tantas imágenes, ¿de qué mayor sombra los llenará ya la muerte?

“Como mi rostro se ha hecho impasible, ¿en qué mascarilla lo vaciará la muerte, a fin de estereotiparme su serenidad?”...

Y, a no dudar, esa serenidad que él considera bien pagada y bien ganada es lo que constituye uno de sus mayores atractivos literarios. Escuchad, como

### Quien tome KINOCOLA,

debe estar seguro que va a recibir una acción saludable sobre el Cerebro, el Sistema Nervioso, el Corazón y los Riñones. Porque compuesta de:

**Rojo de Kola con Glicerofosfatos de Calcio y Sodio y Gluconato de Calcio,**

**Núcleo de Kola con Cafeína y Teobromina**

**Núcleo Quinado con los Alcaloides Naturales y otros principios de la Quina Succirrubra,**

tales centros se benefician prontamente con la energía curativa de esas sustancias en la siguiente forma:

EL ROJO DE KOLA, unido al GLUCONATO y al GLICEROFOSFATO DE CALCIO Y SODIO, constituye la asociación por excelencia buena, reconstituyente del cerebro y del sistema nervioso, según comprobaciones ampliamente conocidas en el mundo médico.

EL NUCLEO DE KOLA CON CAFEINA Y TEOBROMINA, rico además en MATERIAS NUTRITIVAS, es el gran tónico del corazón y de los riñones: es el foco dinámico que da a la Kinocola su peculiar valor cardiotónico y diurético. Agréguese además, que esta asociación natural cafeinada, en cooperación del grupo anterior, se comporta como el Agente casi específico, excitador de los centros nerviosos y tendremos que la Kinocola es positivamente un ALIMENTO DE RESERVA, PREVENTIVO DE LA FATIGA MUSCULAR y de la DEBILIDAD.

muestra, estas estrofas de otro poema inédito:

"Esa peña de la cual milagrosas brotaban aguas, está en mi alma. La creen berroqueña los pasajeros, y es dura y quema y es sorda y calla. Pero se la acaricia y el agua mana. O alguien se apoya en ella casi sin verla, y rezuma la peña; y mil vetas secretas, como mil venas, le llevan agua. Preguntad a los que me aman cómo es mi alma".

Dos años más tarde volví a Madrid con motivo de un Congreso de Periodistas, y de nuevo fué d'Halmar mi mejor guía por la Villa del Oso y el Madroño.

Volvió a darme a conocer sus nuevas novelas, cuentos y poemas que sigue abañando en su voluminoso archivo de obras inéditas. Y una vez más, mis interrogaciones acerca de su empedernido propósito de mantenerlas en reserva, encontraron por respuesta los aforismos orientales de ineluctable sumisión al Kismet.

Pude entonces advertir que el tiempo afina en d'Halmar, con enorme rapidez, los prismas de su firme personalidad. Su retraimiento de los cenáculos literarios se ha extremado hasta hacerlo isleño, y su desprecio a las externidades le llevaba ya a una exclusiva contemplación espiritual. Recuerdo que Leonardo Pena, el escritor chileno también ausente del terruño desde hace veinte años y que iba conmigo desde París en representación de un diario santiaguino, estaba sorprendido de la esquividad de d'Halmar. Y se asombraba de su hurañía, de ese recogimiento de molusco en su concha y que no cede sino a pulsaciones de fraternal comprensión y sensibilidad.

En estos últimos años d'Halmar se ha ido aislando de todas las "peñas" de café y de los corros de librería, permaneciendo conectado tan sólo con un reducido número de escritores y artistas peninsulares, entre los cuales son sus más fieles el dramaturgo Jacinto Grau, el escritor Victorio Macho y el compositor Manuel de Falla.

Todos los veranos emprende su tradicional viaje a las costas de Galicia y de cuando en cuando, una escapada a París, donde le reclaman sus grandes camaradas Francis de Miomandre, Jean Cassou, o Herman Paul, el célebre dibujante que hizo las ilustraciones de "La Mancha de Don Quijote", una de las pocas obras de d'Halmar que no han llegado a nuestras librerías.

Es interesante observar que el hombre cosmopolita de ayer, y hoy decidido y ferviente hispanista, no obstante haber perdido todo contacto material con Chile, se siente cada día más atado por fuertes lazos espirituales a la tierra donde nació. Desde hace tiempo cultiva con fruición la idea de un posible viaje a la patria y se interesa particularmente por la obra de algunos de nuestros escritores, en especial por la de aquellos que con él se iniciaron en las letras y por la del grupo joven con que mantiene correspondencia.

Cuando se tracen estudiosas biografías de Augusto d'Halmar, será importantísimo dar especial significación a su aspecto epistolar, donde su personalidad se dilata y adquiere mayor brillo. Un puñado de cartas suyas puede tener más elocuencia y hondura que sus propios libros, ya que ciertas susceptibilidades le privan a menudo de entregar a la letra impresa ciertos repliegues de su alma. En cambio, en la correspondencia a sus amigos, jamás escatima los sentires íntimos, y sus noticias van como presente inestimable, solazando a los ausentes con aquello que me decía ser algo aun más misteriosos que el teléfono, y que es la carta, donde se oye el espíritu sin percibir la voz.

A fines del año antepasado, una res-

puesta suya, al eco de mi último periplo mediterráneo, consiguió mostrarme con fuertes luces las razones que fundamentan su actual silencio literario:

"Más bien que preparar nada—me decía en la carta a que aludo—, creo desprepararme, para mejor disolverme, desvanecerme debiera decir yo, que tan volátil he sido y tan poco consistente. Despreocuparme con el sol de cada día de este magnífico otoño, constituyé ya de por sí una seria ocupación".

Así va pasando la vida para d'Halmar. Y como puede verse, hasta de su mutismo y desencanto, surgen luminosidades, hielos y llamas, donde se temple su obra de mañana.

Renato Valenzuela

## Parábola de la perfecta alegría

= Envío del autor. San José, Costa Rica =

(Dedico este romance al querido amigo y gran poeta Alberto Guillén).

León y el Santo Francisco iban a Santa María; era en invierno, y el cierzo daba en sus caras transidas. Iba adelante León, Francisco atrás le seguía.

De pronto el hijo de Asís le dice mientras caminan: "Hermano León, escucha; aun cuando todos te digan que son los frailes Menores ejemplo de vida altísima, escribe, hermano, que en eso no hay perfecta alegría".

Dos pasos más caminaron cuando de nuevo decía: "Hermano León, si un fraile a los muertos resucita y pone a andar a los cojos y a los ciegos les da vista, escribe, hermano, que en eso no hay la perfecta alegría".

Y más adelante el Santo agregó con voz amiga: "Hermano León, ovejuela de Dios!, si acaso un día el fraile Menor supiese cómo es que se profetiza y hablase como los ángeles en una lengua divina, escribe, hermano, que en eso no hay la perfecta alegría".

Y andando un poco le dijo: "Si el fraile Menor predica de suerte que se conviertan los hombres a una fe íntima, escribe, León, que en eso, no hay la perfecta alegría".

Cuando ya los peregrinos, dos millas andado habían preguntó León al Santo que en dónde está la alegría. Entonces dijo Francisco con voz que era una caricia: "Si cuando los dos lleguemos por fin a Santa María,

con hambre, llenos de barro, calados por la llovizna, y a la puerta del convento llamemos, y al ir a abrirla nos pregunten quiénes somos y, "Hermanos vuestros", les digas, y el portero sin abrirnos cólerico nos replica: ¡idos de aquí, engañadores, que los dos sois gente indigna!

"Si cuando no nos abriera sufriendo tanta injusticia bajo la nieve y el hambre que tanto nos martiriza; si entonces los dos pensamos que es cierto lo que nos diga, que nos conoce de veras porque tanto nos humilla, Hermano León, ovejuela de Dios ¡ésa es la alegría!

"Y si llamamos de nuevo y más él se encoleriza y nos llama malandrines y embusteros de trailla y nos arroja a empellones y con furor nos castiga; si todo lo soportamos con humildad convencida, escribe, hermano, que en eso hay la perfecta alegría.

"Y si, obligados al hambre y ya con la noche fría rogamos con muchas lágrimas a ver si al fin nos abrigan; y más irritado entonces él vocifera y nos tira, nos arrastra por la nieve, nos muele en la azotaina y nosotros sin protesta, con el alma complacida pensamos en los dolores que tuvo Jesús un día que por su amor a los hombres ellos le hicieron su víctima; si pensamos que la gloria está en su cruz y en su vida y que el dolor nos conforta y el oprobio nos anima, entonces, hermano, escribe, que esa es perfecta alegría".

CON don Ernesto Latorre. Apdo. de Correos No. 18, en la ciudad de Panamá, puede Ud. conseguir el *Repertorio*.

Rogelio Sotela

Si no se repite nada en el mundo es porque va a tener un sentido de nueva medicación, de nueva «defensa».

Zola vuelve porque va a ser necesario como doctor de los tiempos, que se vuelven a enredar y van a padecer parecidos errores y fiebres.

Zola, con su tipo de lentes especiales, como hechos con el acero que se enrosca como cuerda de los relojes, fué como un crítico de teatros que se nos había quedado anticuado frente al espectáculo de la vida.

Su muerte nos preocupó durante mucho tiempo como una muerte con algo de fracaso, que agravó el que su mujer le superviviese, no asfixiándose por algo así por como las mujeres duermen con una almohada más que el marido, el dichoso «cuadrante», que levanta sus cabezas y que es como añadido de su orgullo de estar por encima del hombre.

Caído sobre la alfombra, sin poder vencer las emanaciones de una chimenea, toda su obra quedó como asfixiada en humo carbónico y casero.

Los tiempos tornaron nuevos rumbos, como habiéndose sacudido definitivamente muchos problemas y como viviendo de otra manera. Zola quedó como un último de siglo, aunque expirase el 29 de de septiembre de 1902.

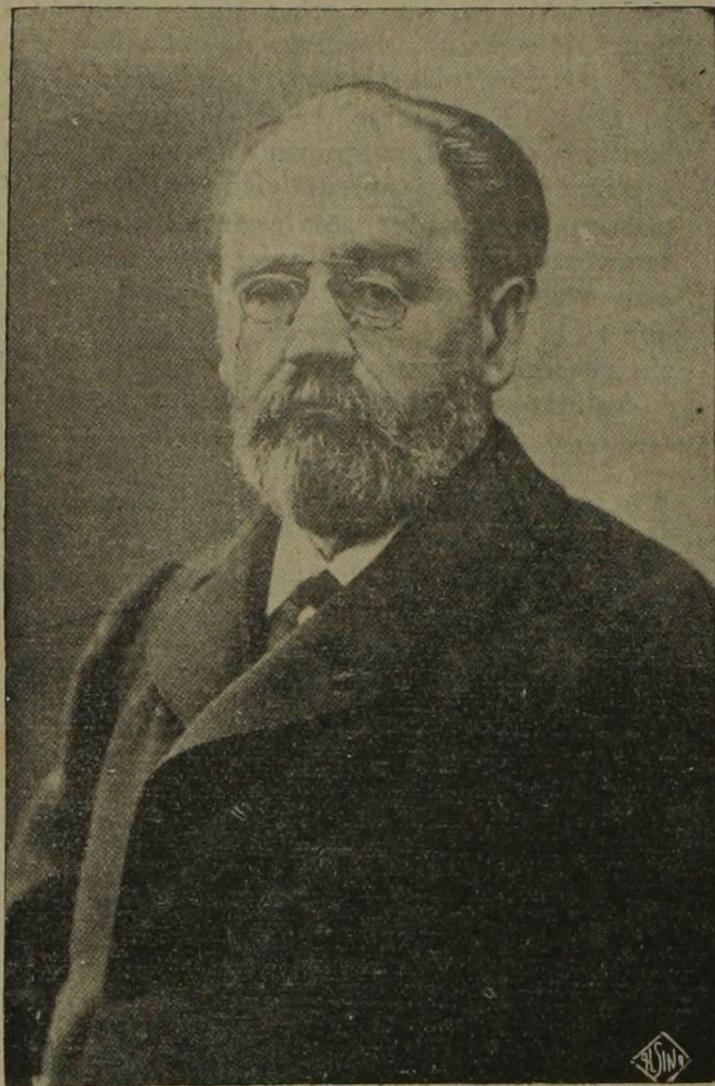
El «affaire» Dreyfus resultó algo que había bajado al Rastro y a todos los feriales de «sucesos» viejos.

La Isla del Diablo quedó en la niebla, a muchas millas detrás del barco del tiempo, que parece escapar a los itinerarios fatales de ida y vuelta, cuando, en definitiva, siempre se vuelve al mundo de los mismos temas y de los mismos embrollos.

El retrato del notario Zola tenía un sello anticuado en íntimo parecido con el ingeniero Eiffel, pero se presentía una es-

## Reaparición de Zola

= De Luz. Madrid =



Emilio Zola

pecie de supervivencia de ese escritor, como si aun estuviese escribiendo sentado en aquella mesa de ministro en que trabajaba, con el gesto avizor del que despacha el expediente trascendental de su tiempo y oye la consulta imperiosa de otros tiempos. Miraba en polemista, en desconfiado, con alarma en ese fondo de la casa de todos.

Sabíamos que había dicho la verdad de su momento escribiendo como un desesperado bajo la luz de los quinqués, envolviendo en elocuencia de gas pobre la vida de las familias de sus novelas, describiendo por primera vez los conflictos sociales en las capitales superfetadas.

Aquel señor de los lentes de acero prensil se nos aparecía de vez en cuando y nos hacía leer una de sus novelas con algo de apocalipsis en su trama, apocalipsis casera, apocalipsis de corazones perdidos, apocalipsis de mercados y ruinas.

Necesitaba largas veladas de invierno y las muchas páginas evocaban esos folletines recortados de los periódicos que fueron cosidos con un hilván blanco.

Después pasó el tiempo, y vino esa época en que todo se volvió fantástico, novedoso, modernista, futurista, insospechado, y el señor de los lentes ciclistas, que acicataban su mirar, pareció desaparecer definitivamente.

Pero ahora es el caso que ese señor ha

vuelto, prolífico como entonces y mejor traducido que entonces.

Su hija acaba de publicar un libro, en el que se le ve luchar, trabajar y ser víctima de su sinceridad heroica, y se repiten las ediciones de sus obras, habiendo comenzado hasta en español una traducción definitiva de sus obras completas.

Y eso ¿qué significa? ¿Es la manía resucitadora de algunos editores? No. Es que la turbulencia actual tiene que ver con Zola, es que los escuetos problemas humanos se han vuelto a encrudecer, es que ha reaparecido la persecución arbitraria a los judíos, es que la intriga humana se parece y el personaje actual tiene otra vez la tosquedad y el tipo advenedizo de entonces y los dos sectarismos son los de antaño.

Para no hacer traición al modo de reaccionar liberal del pueblo hay que repetir las ediciones de Zola y hay que repasar sus libros de texto.

Al releer «Verdad», que acaba de aparecer, me ha conmovido el asesinato de Ceferinito, el niño judío, porque otra vez ha vuelto a ser asesinado ese niño en circunstancias idénticas.

El cinematógrafo también está preparando una especie de edición de las obras escogidas de Zola, y esperamos con temor la hora de ver esas películas porque nos vamos a dar cuenta de que el pulso censo de la novelística de Zola vuelve a ser el pulso agobiador de estos últimos tiempos.

Sabemos que va a ser preocupante la visión sobre la pantalla de un mundo con trajes «démodés» en que vamos a ver repetido el contraste actual entre los que no comprenden y no quieren comprender y los que tienen la sutileza de la desesperación, entre los que especulan con el hombre y el sufrimiento de ese hombre rechupado por la especulación, entre las mujeres vampiras y ansiosas y las mujeres parientes y anodinas.

**Ramón Gómez de la Serna**

### INDICE



#### LIBROS QUE LE INTERESAN:

- Robert Louis Stevenson: *Aventuras de un mayorazgo escocés*. Pasta..... \$ 3.50  
 Robert Louis Stevenson: *La casa solitaria*. Pasta..... \$ 3.50  
 J. Torrubiano Ripoli: *Al servicio del matrimonio. Teología y eugenesia*..... \$ 3.00  
 J. y J. Tharaud: *La fiesta árabe*..... \$ 3.50  
 Jaime Torres Bodet: *La educación sentimental*..... \$ 3.00  
 Jack London, Theodore Dreiser, Sinclair Lewis, etc.: *10 novelistas americanos*..... \$ 3.00  
 Antonio Espina, Benjamín Jarnés, César Arconada, etc.: *Las 7 virtudes*..... \$ 3.50  
 Anna Seansca: *Los hombres tienen sed*..... \$ 3.50

Solicítelos al Adm. del Rep. Am.

### INDICE



#### ENTERESE Y ESCOJA:

- Teodoro de Banville: *Muñecas*..... \$ 3.00  
 Cornelio Tácito: *Los Anales*. 2 vols. pasta..... \$ 8.00  
 R. Tagore: *Gitanjali*..... \$ 3.50  
 Félix Urabayen: *Vida ejemplar de un clero varón de Escalona*..... \$ 0.75  
 Manuel Azaña: *La novela de Pepita Jiménez*..... \$ 1.00  
 Jorge Zalamea: *El regreso de Eva*. Ensayo de una farsa dramática..... \$ 2.00  
 Alberto Masferrer: *El libro de la vida*. Tomo I..... \$ 1.00  
 J. Pijoán: *Mi don Francisco Giner* (1906-1910)..... \$ 1.50  
 Gabriela Mistral: *Desolación*..... \$ 5.00

Solicítelos al Adm. del Rep. Am